

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 31. — Nº 1,039.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

M. Sauvage, diputado del Sena; grabado. — Literatura sanscrita. — Correspondencia de Boston; grabado. —

Emigración alsaciana: Convoy de emigrantes en la estación del Oeste; grabado. — Plano que demuestra los destrozos causados por el incendio en Boston; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Dos palabras de historia acerca del caballo de raza pura; grabados. —

Las comedias caseras, por Cham; grabados. — Cuentos de Hoffmann. — La niebla en Londres; grabado. — Las Montañas; grabados. — Batalla de sabios. — Memorias de un criado. — Francia pintoresca: El hospicio de Gisors; grabado.

M. Sauvage,

DIPUTADO DEL SENA, DIRECTOR DE LA
COMPAÑÍA DE LOS FERRO-CARRILES
DEL ESTE.

M. Sauvage, ingeniero en jefe de minas y Director de los ferro-carriles del Este, ha fallecido el 11 de noviembre, á la edad de cincuenta y ocho años. Había nacido en Sedan el 4 de abril de 1814.

Alumno de la Escuela Politécnica en 1831, salió el primero de la promoción con el diploma de ingeniero de minas. Seguidamente fué enviado á Mezières, donde emprendió trabajos de metalurgia, mineralogía y química que se publicaron en los *Anales de minas*. Por la misma época, en colaboración con M. Buvignier, sabio geólogo de Verdun, y hermano del representante del pueblo del mismo nombre, trazó las *Cartas geológicas* de los departamentos del Marne y de las Ardenas, y dió á la estampa la *Descripcion geológica* de este último departamento.

Después le confiaron diversas exploraciones científicas en España y en Grecia, y á su regreso publicó una descripción geológica de este último país, al mismo tiempo que una noticia sobre el proyecto de desecamiento del lago Copais, objeto principal de su viaje.

En 1846 M. Sauvage dejó el cuerpo de minas para entrar al servicio de la compañía del ferro-carril de Estrasburgo. El año siguiente fué nombrado ingeniero en jefe de la primera compañía concesionaria del ferro-carril de París á Lyon, y habiendo ocurrido la revolución de febrero, fué enviado en marzo en clase de comisario extraordinario á las



M. SAUVAGE,

Diputado del Sena, Director de la compañía de los ferro-carriles del Este.

minas del Creusot, cuyos obreros se habían declarado en huelga. En abril, el gobierno provisional le encargó el secuestro del ferro-carril de Orleans.

En recompensa de estas dos misiones tan difíciles, fué nombrado sucesivamente en algunos meses, ingeniero de primera clase y después ingeniero en jefe.

El 25 de agosto de 1848, M. Sauvage volvía como ingeniero en jefe del material al ferro-carril de Lyon, de cuya explotación se había encargado el Estado.

En 1852 pasó, en la misma clase, á la compañía del Este, de la cual fué nombrado director el 1º de marzo de 1861.

En todos estos empleos, M. Sauvage ha dado pruebas de su celo y de su capacidad administrativa. Durante el sitio de París desplegó una actividad suma á la cabeza de la fundición de cañones que pusieron bajo su dirección. Así fué que, después de la guerra, el departamento del Sena le eligió diputado á la Asamblea nacional: tenía su asiento en el centro izquierdo.

Caballero de la Legion de Honor en 1846, ascendió á oficial en 1851 y á comendador el 20 de setiembre de 1868.

Las exequias de M. Sauvage tuvieron efecto el 13 de noviembre en la iglesia de la Trinidad. La concurrencia era numerosa, y en ella figuraban miembros de la Asamblea nacional, del cuerpo de puentes y calzadas y de minas, de la Escuela Politécnica y de las diferentes compañías de los caminos de hierro.

Inmediatamente después de la ceremonia llevaron el cuerpo á Charleville, lugar de su sepultura.

P. P.

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,038).

Al lado de las alusiones políticas hay en el Ramayana alusiones á diferentes escuelas filosóficas. En varias ocasiones manifiesta el autor la profunda aversión que le inspiran los brahmanes ateos, prueba inequívoca de que algunos pasajes del poema hubieron de coincidir con la aparición de las escuelas filosóficas heterodoxas, especialmente con las de Kapila, Patandjali y Kanada, á quienes evidentemente se alude en dichos pasajes. Si no supiéramos que el Ramayana es una colección de rapsodias escritas en épocas muy diversas, acaso pudiera esta indicación servir de guía para fijar de un modo exacto el tiempo en que florecieron aquellas escuelas; desgraciadamente, la cifra que los críticos asignan á la aparición del Ramayana, se refiere solo á la primera compilación de estas rapsodias; pero es sabido que posteriormente su texto ha sufrido muchas alteraciones é interpolaciones, como lo prueba la abundancia de episodios ajenos á la acción, intercalados en el poema con escasa habilidad.

Como todas las epopeyas, expresa el Ramayana, no solo el ideal de aquella civilización, sino el estado social y político que la caracteriza. Su lectura nos da á conocer la vida india en sus mas íntimos detalles; la vida política y la vida privada aparecen ante nuestros ojos, siéndonos fácil formar una idea exacta del modo de vivir de aquellos hombres, cuya cultura es madre de la nuestra. Bajo tal aspecto, es el Ramayana un documento histórico importantísimo, fecundo en provechosas enseñanzas para el erudito como para el literato. Vemos en él una sociedad política dominada por una poderosa teocracia, con la cual lucha frecuentemente el poder civil, y organizada de un modo enteramente feudal.

Monarcas ligados entre sí por vínculos feudales, y dependientes de varios príncipes que ejercen una especie de imperio, gobiernan á sus pueblos, no á la manera de los modernos reyes absolutos, sino con el auxilio y consejo de los sacerdotes y de los nobles. Un director espiritual, jefe supremo del sacerdocio, guía la conciencia de cada príncipe y á la vez influye en sus resoluciones políticas. El clero, revestido de numerosos privilegios y dotado de riquezas cuantiosas, poseedor de la ciencia y depositario de la fe, cumple en aquella sociedad una misión análoga á la que desempeñó en la Edad Media el sacerdocio católico. Un riguroso régimen de castas mantiene á cada individuo en la posición social que le asignó la conquista y consagró el dogma. Sentimientos nobilísimos, en que se hallan los caracteres todos del ideal caballeresco, templan la dureza de este régimen social, suavizado á la vez por la moral pura de la religión brahmánica.

Una fuerte vida de familia contribuye al mantenimiento de la felicidad y del orden, á pesar de la poligamia, cuyos desastrosos efectos revela claramente el poema, y que, al parecer, solo se practica por los reyes y los magnates; la fidelidad conyugal y el respeto á la mujer, mucho mas considerada en la India que en la Grecia, son las bases de la vida familiar de aquellos pueblos. La superioridad de este ideal moral se advierte hasta en la misma guerra; los principios fundamentales del derecho de gentes, las costumbres caballerescas y humanas de la Edad Media existen ya en la época retratada por el Ramayana. Por último, la riqueza y la cultura parecen reinar en aquella sociedad primitiva: las ciudades compiten en esplendor y magnificencia con las mas renombradas del Oriente. Ayodhya y Lanka nada tienen que envidiar á Ninive, Babilonia y Memfis. Todos los refinamientos del lujo, todas las comodidades de la vida moderna se hallan en aquellos populosos centros, comparables á nuestras mas renombradas poblaciones. La moralidad, la prosperidad, la riqueza, reinan en la sociedad retratada por la epopeya sanscrita.

VII.

La grandiosidad y el interés son las dos esenciales condiciones que á la epopeya imponen los retóricos. No carece de la primera el Ramayana: cantar una lucha entre dos razas, entre dos civilizaciones; mezclar con ella en ingenioso simbolismo la eterna guerra entre el bien y el mal, de antiguo personificados en seres sobrenaturales; encarnar las dos civilizaciones y los dos principios abstractos que combaten en el poema en dos héroes que desempeñan los papeles de protagonista y anti-protagonista, como Aquiles y Héctor en la *Iliada*; dar á entrambos carácter divino, y por ende envolver y complicar en la batalla á las divinidades buenas y malas y aun á las mismas fuerzas de la naturaleza; agotar todos los recursos de la

rica fantasía oriental para referir hechos extraordinarios y maravillosos que den variedad á la epopeya; y presentar á la postre vencedor aquel héroe que en cuanto entidad abstracta representa el bien, y en cuanto personaje histórico simboliza la civilización superior de los Aryas; todo esto es, sin duda, grandioso y sorprendente, y grandiosa y sorprendente ha de ser, por tanto, la epopeya en que se contiene.

Pero si la grandiosidad de la acción del Ramayana es evidente, es harto difícil concederle la cualidad restante, el interés. En las obras de arte la grandiosidad y el interés no son términos que se presuponen; antes bien, con frecuencia se excluyen, como fácilmente lo comprueba la experiencia.

No es posible negar que el segundo *Fausto* supera en grandeza al primero; mas ¿quién se atreverá á afirmar que le aventaja en interés? Para el pensador y para el crítico podrá tenerle; para el comun de los lectores, en manera alguna. La humanidad preferirá siempre las delicadas escenas del jardín de Margarita á los cuadros colosales de la noche clásica de Walsburgis; estos excitarán su admiración, pero no la harán verter lágrimas; aquellas serán eterno deleite de los corazones sensibles.

La obra literaria necesita poco para ser interesante, mucho mas para ser grandiosa. Para lo primero bástale al poeta saber pintar, aunque sea en ligero boceto, cualquiera de los sentimientos que agitan al corazón humano; para lo segundo ha de remontarse á una vasta creación sintética que encierre en bella fórmula un mundo de profundos pensamientos, de gigantescas concepciones.

La pintura de un amor inocente bastó á Goethe para dar interés al delicioso idilio *Hermann y Dorothea*; mas para trazar el grandioso edificio del *Fausto*, hubo de compendiar en un poema el pensamiento entero de la filosofía moderna. Y al paso que su grande obra creció en proporciones é importancia, menguó en interés, como dejamos dicho, en términos que salvo un pequeño número de elegidos, pocos son los que pueden saborear las bellezas del segundo *Fausto*.

Peligro es este que con gran trabajo evitó el autor del Ramayana. Las proporciones colosales del poema, su carácter teológico, su forma simbólica, la naturaleza de sus personajes, todo contribuía, al parecer, á que el interés de la obra quedara sacrificado en aras de su grandeza. No fué así, sin embargo; en medio de lo extraño de la acción, de los personajes y de los episodios, el interés humano quedó intacto; un drama vivo, interesante, apasionado, se desarrolló á los ojos del lector, á través del follaje de los símbolos y de las leyendas; y para mayor mérito, la naturaleza sobrehumana de los principales personajes y el sentido panteísta del poema no fueron obstáculo para que la individualidad de aquellos se destacara sobre el cuadro, fuerte, vigorosa, llena de vida, y para que las pasiones humanas brotaran en todo su esplendor y fuerza del pecho de los mismos personajes divinos. El Ramayana, pues, es interesante á la par que grandioso.

El interés que inspira una obra de arte varía según la cultura del lector, y según la facultad del espíritu que recibe mayor impresión. Puede la obra despertar un interés intelectual, un interés sensible, un interés moral. El segundo *Fausto* despierta principalmente el primero; *Hermann y Dorothea*, el segundo; *el Mercader de Venecia*, el tercero; y estos grados de interés corresponden generalmente al género de belleza intelectual, moral ó sensible que predomina en la obra. Todas estas clases de interés causa el Ramayana en el ánimo del lector.

Interesa á la inteligencia del hombre culto el Ramayana, en cuanto representa la lucha formidable entre nuestra civilización y la de otras razas inferiores. Rama lleva en la punta de sus flechas la suerte de la humanidad; suponed vencedor á Ravana, y el mundo no será Aryo, es decir, no será helénico, ni romano, ni cristiano por tanto; en vez de fecundarle la civilización poderosa, original, amplia, progresiva de los Aryas, habrá de someterse á la civilización mecánica, estrecha y estacionaria de los Turanios ó al sensualismo infantil de los Melanios. Una humanidad mongola ú hotentota en vez de una humanidad cristiano-europea; hé aquí el resultado de la derrota de Rama, es decir, de la derrota de los Aryas. ¿Cómo negar, pues, que tan terrible y decisiva lucha excite el interés del hombre culto?

Pero á este interés, que solo experimenta el erudito, únese otro mas eficaz y fuerte. Tal es el interés moral. Hemos dicho ya que el Ramayana no es solo la lucha entre Aryos y Dravidiano-Melanios, sino la lucha entre el bien y el mal. La confusión de lo divino y lo humano entre los indios, y el orgullo de raza que les llevó á identificar á sus enemigos con las potencias infernales, fueron causa de que la lucha, que es asunto del poema, revistiera este doble carácter. Pero esta lucha entre el bien y el mal excitará eternamente el interés de los mortales y será la base constante de lo épico y lo dramático.

Y cuando á los ojos del lector se presente el mal persiguiendo á la inocencia, el bien descendiendo del cielo para salvarla, el interés llegará al mas alto grado y la emoción estética al mayor extremo. Una idea enteramente Arya, envuelta en una forma Arya tambien, forma la base moral del poema; aquella idea es la Redención; esta forma es la encarnación de la Divinidad. La humanidad perseguida y atormentada por el mal; la Divinidad tomando la forma humana para

salvarla y redimirla; hé aquí la idea favorita de los Aryas, la que se halla en el fondo de todas sus religiones y todas sus literaturas, la que alza una barrera insuperable entre ellos y las restantes razas. La humanidad perseguida se representa en Sita, el mal en Ravana; el Dios Salvador y Redentor en Rama, encarnación de Vishnú, segunda persona de la Trimurti india. Hé aquí el aspecto místico y teológico, hé aquí á la vez el fondo moral del poema. Fácil es comprender que esta concepción tan consoladora como bella no ha de excitar, bajo la forma que le da la poesía india, menor interés que bajo las formas de otras poesías inspiradas en otras religiones.

Por último, el interés sensible no falta tampoco en el Ramayana. El poeta indio no es solo el poeta de la razón y de la moral, sino el poeta del sentimiento y de la fantasía. Los caracteres de los personajes son altamente interesantes y simpáticos, como despues tendremos ocasión de ver; el choque de las pasiones está admirablemente sentido y expresado; la nobleza y piedad de Rama, el amor maternal de Kosalya, la abnegación de Laksmana, el candor y la hermosura de Sita, que tan admirable contraste forman con la ferocidad implacable de Ravana y los ruines sentimientos de Kekeyi, excitan en alto grado el interés del lector, porque excitan su sensibilidad. No habrá seguramente quien no se sienta conmovido ante la desesperación de Rama despues del rapto de su esposa, la resistencia heroica de Sita á los ruegos y á las amenazas de Ravana, la abnegación sublime de Bharata, el dolor del anciano rey de Ayodhya y las lágrimas de la viuda de Ravana.

Nadie leerá impasible el bellísimo episodio de la muerte casual del jóven ermitaño herido por Dasaritha, ni dejará de sentirse deliciosamente impresionado por las escenas de amor entre Rama y su esposa. Y si por ventura el ánimo del lector se siente mas inclinado á las emociones fuertes, la dramática relación del robo de Sita, las numerosas descripciones de batallas formidables y la terrible lucha final de Rama y Ravana, no habrán de causarle menor efecto que los mas célebres pasajes de la *Iliada*.

Si á esto se agrega el alimento abudantísimo que la mas exigente fantasía ha de encontrar en las maravillosas leyendas, en los portentosos milagros, en las increíbles hazañas y en las bellísimas é incomparables descripciones, ya de la naturaleza, ya de las ciudades, palacios, etc., en que la acción se verifica, fácil será comprender que el Ramayana reúne á todas sus excelentes condiciones la muy importante de inspirar un vivo interés al lector, cualquiera que sea el grado de su cultura.

De esta suerte se explica la popularidad inmensa de que en la India ha gozado siempre, y el respeto casi supersticioso que le profesa aquella raza, respeto comparable solo con el que á los griegos inspiraba la inmortal obra del divino Homero.

VIII.

Si la grandiosidad y el interés son condiciones necesarias de la epopeya, no lo es menos la acertada pintura de los caracteres, que á las cualidades propias del carácter dramático han de unir la grandeza, las proporciones colosales, la naturaleza superior de lo épico. Modelos incomparables nos legaron en este punto los poetas griegos y latinos; por largo espacio de tiempo juzgó la crítica que ninguna otra literatura podria, no ya aventajar, pero ni emular siquiera las creaciones de Homero y Virgilio; el estudio atento del Ramayana ha venido á probar que, si los grandes tipos heroicos de la epopeya clásica no han sido superados todavía, es dado á otras literaturas producir análogos ejemplares, acaso superiores en valor moral, ya que no lo sean en valor artístico.

Y cuenta que no es fácil empresa pintar caracteres interesantes, dadas las condiciones del arte indio. Como dejamos expuesto, no poseía este aquel profundo humanismo de los helenos, que daba vida, calor, interés humano á las mas abstractas creaciones de la religión y la ciencia, y humanizando lo divino evitaba los obstáculos que al interés poético suscita siempre su intervención en las concepciones épicas y dramáticas. Razones que antes hemos apuntado daban tal carácter humano á las creaciones teológicas y poéticas de los griegos, y tal espíritu de libertad fuerte y viril difundían en sus obras, que nunca faltó en ellas aquel interés que solo se despierta en el ánimo del hombre cuando contempla el espectáculo de las fuerzas libres de su espíritu oponiéndose en lucha tanto mas dramática, cuanto mas la gobierna la libertad y la sostiene la pasión.

La misma concepción del destino no impidió que el arte clásico fuese el arte de la libertad; los rayos de Júpiter pudieron abatir á Prometeo, pero no impedir que el titán encadenado diese el grito de rebelión que eternamente resonará en el oído de los tiranos, que será el himno eterno de los pueblos libres.

No así en la India. Aquel panteísmo absoluto é inflexible, base de su religión, de su ciencia y de su arte, sólido cimiento de su organización social y política, y causa á la vez de su rápida grandeza y de su decadencia prematura, no podía engendrar una literatura tan libre, tan enérgica, tan viril y humana como la que nos legaron los clásicos. Aquella sustancia

absoluta, única, inmensa, inmóvil, en cuyo profundo seno se agita eternamente el vertiginoso oleaje del Océano de los seres; aquella variedad de formas que esta sustancia reviste y que parecen á primera vista verdaderas individualidades, siendo realmente pasajeros aspectos de un solo inmutable ser; aquella concepción grandiosa y aterradora á la vez, como lo son los templos colosales del extremo Oriente, pudo crear un arte sublime, de proporciones titánicas, pero no un arte libre ni humano.

La epopeya de aquella civilización había de ser un inmenso símbolo, una creación vastísima en que se ofreciera al espíritu, no el libre juego de las fuerzas humanas, sino el choque fatal de las fuerzas divinas. Lo espiritual y lo corpóreo, lo divino y lo humano, la naturaleza y el hombre, lucharán en un inmenso palenque ante el lector atónito; pero aquella lucha será una ilusión vana, porque aquellos individuos divinos, humanos y naturales, el Dios como el héroe, el demonio como el santo, el hombre como el bruto, no son sino encarnaciones temporales, manifestaciones fugitivas del único ser real, del solitario Brahma, en cuyo seno insondable se representa aquel drama cuyos personajes son sombras livianas, cuyas peripecias son apariencias ficticias, y en el cual es posible que un mismo personaje divino encarnado á la vez en dos seres humanos, pelee consigo mismo (Rama contra Parasu-Rama, ambos encarnaciones de Vishnú) y que la distinción entre lo natural y lo humano se borre hasta el punto de que el crítico haya de consumir largas vigilias en descifrar la verdadera naturaleza de los sitiadores de Lanka.

¿Era posible con tales condiciones crear caracteres interesantes y dramáticos? ¿Era posible que las encarnaciones divinas dieran lugar á una acción viva, y que los héroes de esta acción tuvieran la vida y el colorido de los héroes de la *Iliada*? Parecía que no; y sin embargo, el genio de los rapsodas de la India logró vencer tamañas dificultades, y una larga serie de personajes enteramente humanos, á pesar de su origen divino, y altamente interesantes, á pesar de su poder sobrenatural, desfilaron ante el lector atónito y con sus hechos portentosos dieron animación y vida á la concepción panteísta, y crearon en el inmóvil Oriente una *Iliada* no menos deliciosa y dramática que la concebida por los rapsodas de la Grecia.

A la cabeza de los diferentes personajes del Ramayana figura, como en toda epopeya, el protagonista, Rama, de quien toma el poema su nombre (*Ramayana* carrera, aventuras, empresas de Rama). Rama no es un personaje humano, es un hombre-dios, una encarnación de Vishnú. Esta singular naturaleza del héroe es el mayor inconveniente que podía ofrecerse para el interés dramático de su carácter. Admirase siempre en el protagonista de una epopeya la excelencia de sus condiciones personales, que al hacerle superior á los demás hombres, colocan en sus manos la acción entera, ha de ser el héroe de un poema tipo acabado de virtud, de valor, de belleza moral y física; ha de ser un carácter original é independiente; una personalidad vigorosa que sobre todas se destaque, una voluntad enérgica que domine todos los obstáculos.

Tales cualidades, bellas é interesantes cuando se reúnen en un sugeto humano, capaz de vencer las fuerzas coaligadas de todos sus enemigos, los obstáculos de la naturaleza y aun los decretos inexorables del destino, pierden todo carácter estético y dramático cuando se hallan en un personaje cuya naturaleza divina le hace invencible, inaccesible á toda pasión y á toda flaqueza, dotado de la olímpica serenidad de los dioses. La virtud no admira cuando aparece en un ser impecable; el valor no asombra cuando existe en un ser inmortal, invulnerable é invencible; la sujeción de las pasiones al deber no sorprende en el ser absolutamente perfecto: por eso la divinidad nunca producirá emoción dramática al intervenir en las obras poéticas, porque esta emoción solo se despierta donde se ve la lucha del hombre contra obstáculos, internos ó externos, que pudieran desbaratar su acción.

Por tales causas un héroe divino no tiene condiciones para ser protagonista de una epopeya; por eso Aquiles es menos admirable que Héctor, porque el valor de Aquiles, fundado en su invulnerabilidad, nada tiene de meritorio; por eso el origen sobrenatural de Rama era inconveniente grave para la belleza del personaje.

Rama es un dechado de virtud, de valor y de fortaleza; pero Rama es Dios, y nada de extraño tienen en un dios tales virtudes. Si en él se unen la naturaleza humana y la divina, aquella estará siempre superada á esta, y el carácter del héroe será tan poco dramático como lo es el del protagonista de la *Mesida* de Klopstock.

Y sin embargo, el poeta ha obviado con rara habilidad este grave obstáculo y hecho altamente interesante á su héroe, sin despojarle del carácter sobrenatural que la tradición le asignaba. El medio empleado para esto es muy sencillo; Rama no tiene conciencia de su naturaleza divina y de su misión providencial, hasta que llega el desenlace: de esta suerte, y considerándose como un simple mortal, el mérito de sus acciones queda íntegro, su responsabilidad es evidente y su carácter, enteramente humano, aparece con todo el esplendor necesario para mantener completo el interés.

El dios desaparece tras el hombre, y este, perfecto dechado de todas las excelencias que la humana naturaleza puede atesorar, alcanza tal grado de interés

y belleza, cual ningún otro héroe épico puede conseguir.

Rama es un héroe religioso y guerrero á la vez; es el Aquiles de la teocracia. Por temperamento es dulce, pacífico y humano; solo el deber y el amor á la justicia le impulsan al combate. No es un salvaje sediento de sangre y dominado por groseros apetitos, como Aquiles; es mas bien un caballero Bayardo ó un Godofredo de Bullon. Modelo de virtudes privadas y públicas, para sus pueblos es un padre cariñoso, para sus soldados un amigo; en el seno del hogar es el tipo perfecto del buen hijo, del buen hermano, del buen esposo. Sus amores son ardientes y voluptuosos, como los de un oriental, y, á la vez, honestos y puros como los de un cristiano; las escenas en que se describen tienen algo del *Cantar de los Cantares*, y algo también de la *Vita nuova* del Dante.

En la guerra, es el tipo del caballero de la Edad Media; terrible en el combate, humano y piadoso después de la victoria. La ofensa que le infliere Ravana no es obstáculo para que antes de llegar á las manos agote todos los medios de conciliación que el derecho de gentes perceptúa, ni para que muerto su enemigo le rinda fúnebres honores, en vez de arrastrarle atado á su carro, como Aquiles á los restos inanimados del valeroso Héctor. La piedad religiosa, el honesto amor conyugal, la generosidad y el pundonor del buen caballero son los sentimientos que le distinguen; la absoluta sujeción á la ley rigurosa del deber es el móvil de todas sus acciones; Rama, en suma, en nada se parece al tipo heroico que concibió Homero; antes puede clasificarse en la noble familia de los paladines de la Edad Media, de quienes es, sin duda, progenitor y modelo.

Frente á Rama se presenta Ravana, el contra-protagonista, el héroe de una civilización inferior, y por inferior, vencida. Si el carácter sobrenatural de Rama en nada perjudica á su carácter humano, otro tanto acontece con Ravana. El rey de los Rakshasas dista mucho de ser un demonio en el sentido estricto de la palabra. El panteísmo indio no tolera la existencia de los genios infernales que concibieron los persas, los judíos, los cristianos, y en general todas las religiones fundadas en un dualismo mas ó menos acentuado.

El Demonio, como principio abstracto del mal, no tiene cabida en la teología, ni en la poesía de los indios, porque en el panteísmo toda oposición es aparente, y, antes ó después, se resuelve necesariamente en la unidad absoluta de que procede todo. Por esto, es vano empeño buscar en Ravana ninguno de los caracteres esenciales de la naturaleza diabólica.

Ravana es un hombre y nada mas que un hombre; es mortal, y ninguna religión ha concebido con tal condición al genio del mal; y sus pasiones, sus ideas, sus acciones, todo es en él eminentemente humano.

Es indudable que Rama es la personificación de la raza Arya, y Ravana de las razas inferiores vencidas por esta. Si el odio de raza trasformó al rey de los Rakshasas en genio infernal, no pudo privarle de su carácter humano; y si el poeta intentó pintar en él al titán formidable vencido por los rayos de Indra, no logró mas que retratar un jefe de salvajes, una especie de Atila ó Genserico.

Es inútil buscar en Ravana la malignidad profunda, la inteligencia elevada, la fría crueldad, la siniestra grandeza del Ahriman persa, del Iblis musulmán ó del Satanás cristiano. Compáresele con la magnífica creación de Milton, y al punto se comprenderá que es un bárbaro, pero no un demonio. Ravana es un jefe de salvajes, dominado por los mas groseros apetitos y dotado de un valor heroico.

Sus vasallos en nada se parecen á aquellas legiones infernales ocupadas incesantemente en perder las almas, y que con tan vivos colores nos pinta el cristianismo; son sencillamente una tribu de antropófagos que persiguen á los Aryas con el único objeto de comerlos; su pintura física y moral muestra en ellos no á los terribles ministros de Lucifer, sino á los antecesores de los habitantes de la Nueva Zelanda. Su jefe es un guerrero valeroso, cruel y sensual, que roba á Sita para satisfacer sus groseros apetitos, y defiende su presa hasta morir por amor propio y por hacer alarde de su valor y de su fuerza. Nada mas vulgar que su carácter, nada menos semejante á la grandiosa concepción del Demonio cristiano.

Rama y Ravana luchan por la posesión de Sita, que es la Helena de la Troya oriental. Pero ¿qué diferencia entre ambas heroínas! Elena, el tipo incomparable de la belleza griega, se rinde al amor del afeminado París; Sita, por el contrario, arrebatada por la violencia de los brazos de su esposo, permanece pura, resiste á los halagos como á las amenazas de su raptor, y, una vez libre, consiente en pasar por el fuego antes que ver puesta en duda su virtud inquebrantable. Sita es el tipo de la esposa amante; participa, sin duda, del ardor voluptuoso del Oriente; pero el fuego que la devora está santificado por el matrimonio.

Carácter profundamente verdadero, tiene Sita todas las perfecciones y á la vez todos los defectos de la mujer: sensible, amante, honesta, capaz de todo género de sacrificios por su esposo, es, sin embargo, débil, curiosa y antojadiza como todas las mujeres, y estos defectos contribuyen poderosamente á su desgracia.

(Se concluirá.)

Correspondencia de Boston.

10 de noviembre, á las 3 de la tarde.

¡Congress street square ya no existe! Un incendio espantoso devora el corazón de la antigua ciudad, el barrio favorito de la alta banca y del alto comercio. El comercio de cueros y pieles no se levantará pronto de tan terrible catástrofe. James pierde ya mas de un millón de dollars. No queda una piedra de la casa que hacia los negocios de Grant en el tiempo que era curtidor. Nunca tan repentino desastre ha caído sobre una ciudad maldita. Sodoma y Gomorra tardaron mas en arder que la ciudad de los puritanos. El viento ha hecho todo el mal; sin él habría sido poco; pero el huracán dió alas á las llamas. ¿Cuál es la causa del cataclismo? ¿Ha sido un fósforo, una chispa de cigarro, una explosión de gas? No es posible decirlo, pues sobre este punto corren mil versiones.

Lo que se sabe es que el incendio comenzó á eso de las siete y media en una de las mejores tiendas de Summer street, en medio de la calle, en el barrio del rey algodón, *cotton king*. A la derecha y á la izquierda había almacenes atestados de mercancías, de modo que por todas partes el fuego encontraba pasto.

A las doce de la noche tenía ya dimensiones iguales probablemente á las del incendio de Troya: para que sea tan célebre como este, no le faltará mas que un Homero.

Afortunadamente las autoridades del Post-Office no tuvieron confianza en las promesas del arquitecto que construyó el edificio con la pretensión de ponerle al abrigo del incendio; y salvaron las correspondencias que llevaron á toda prisa á la sala Faneuil, la cuna de la República americana, el arsenal de los insurrectos de 1774.

Debo decir que estamos ya fuera de peligro. No pudiendo vencer el fuego se ha cortado vigorosamente. Todo un barrio ha sido tratado como pais enemigo. La resolución suprema se tomó á las dos de la tarde, y á las tres se oían las primeras explosiones. Este momento de la catástrofe fué de un horror sublime. Por el adjunto dibujo tomado en el instante crítico, podrá juzgar el lector lo que fué ese espectáculo sin precedente en la historia. Jamás en tan pocos minutos se han sacrificado tantos millones de dollars.

Ayer el resplandor del fuego se veía á 160 millas. Los telégrafos sembraron la alarma en todas las partes de la Union, y los socorros llegan en abundancia. El dinero viene con los hombres y las máquinas por trenes rápidos.

Imposible sería decir ahora lo que se pierde; pero Boston es una ciudad rica, trabajadora, inteligente, y lo que mas se deplora no son las grandes oficinas de los banqueros, ni las tiendas magníficas, sino la prensa de Francklin, que dicen no ha podido salvarse y ha perecido con el museo de mecánica.

¡Pérdida inapreciable! Los habitantes de Boston no podrán ya mostrar con un legítimo orgullo la máquina informe que conservaban entre cristales, aquella prensa venerable que manejó Francklin, pues el ilustre ciudadano era á la vez impresor y redactor: había en él la confusión de las dos naturalezas.

Se acaba de oír una formidable explosión producida por el gas; pero ese despertar del monstruo no hará mas que retardar nuestra victoria. Los límites infernales están trazados: el océano de llamas no pasará de ellos por mas que quiera.

En el momento en que escribo ya no hay temor alguno por la ciudad alta. La casa de los Estados, donde tuvieron efecto los degüellos de Boston, se salvará del incendio.

No, las llamas no llegarán á las tumbas venerables de Tremont-House.

Otra columna de llamas mucho mas amenazadora bajaba hácia el puerto. Sin el gran sacrificio hubiera llegado hasta la orilla del mar, y habrían desaparecido todos esos muelles tan ricos é industriales; no se habría conservado nada de aquellos *wharf* donde los patriotas se disfrazaron de Mohicanos para arrojar al mar los cargamentos de té de la Compañía de las Indias...

Todo se ha salvado por esa parte, hasta la iglesia de la Trinidad, la antigua iglesia del Sur. Su pérdida, que era inminente, produjo la resolución sublime.

Ahora se trata ya de la reconstrucción: se cree que se necesitarán ocho meses para reedificar el barrio que arde todavía. Ya se trazan las nuevas vías y se toman medidas. No se perderá una sola hora.

Nuestras ciudades del nuevo continente pueden arder como las metrópolis del antiguo mundo, como Londres en el siglo XVII, como París en mayo de 1871, como Constantinopla, cuantas veces soplan malos vientos en el Bósforo. Pero lo que es imposible en América es no reparar al vapor una calamidad pública. Chicago ha demostrado que tenemos algunos derechos para tomar al fénix por símbolo de nuestro nuevo mundo.

A. H.



EMIGRACION ALSACIANA. — Convoy de emigrantes en la estacion del Oeste.

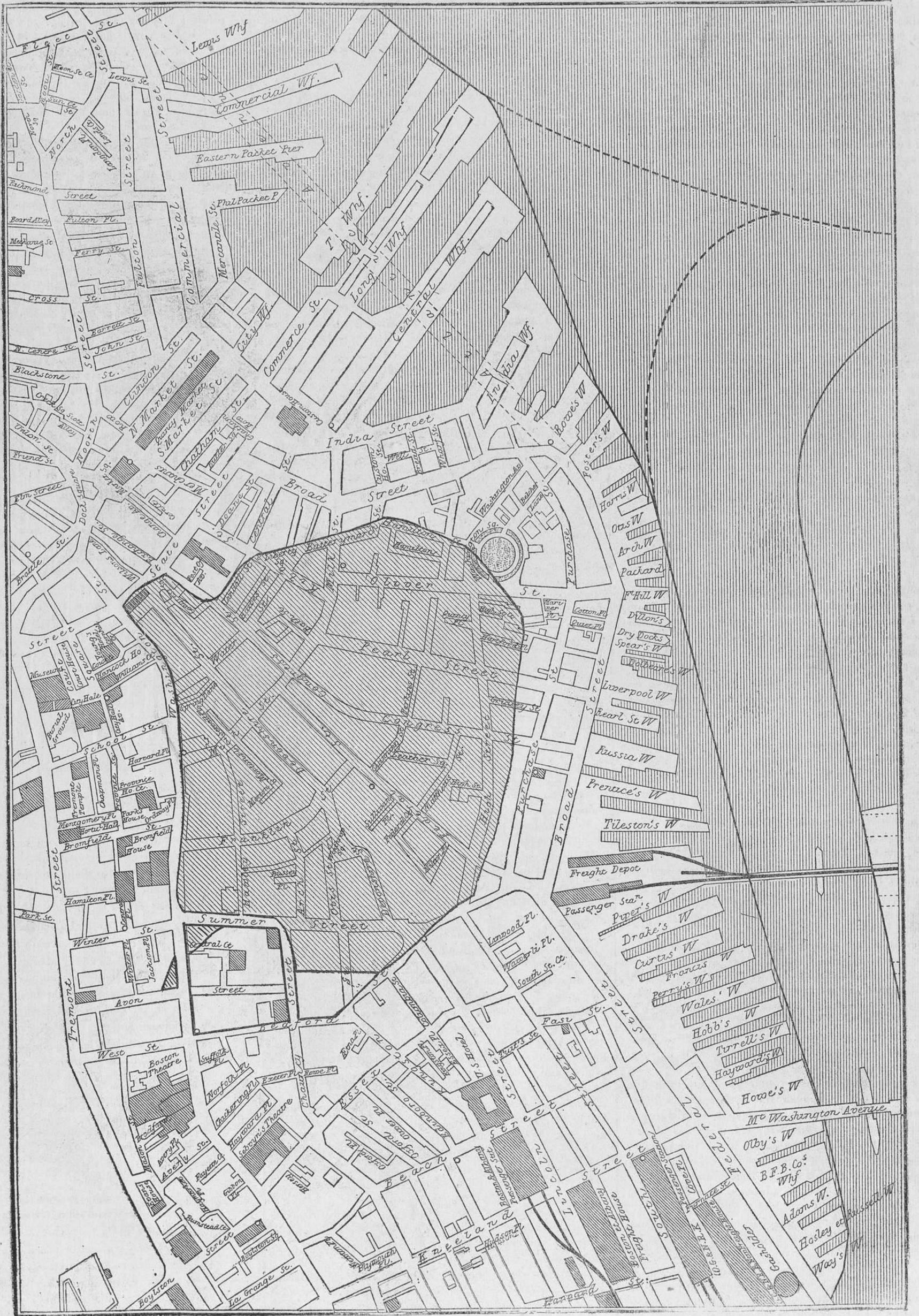


EL INCENDIO DE BOSTON.

S. MASON JILLY

C. J. SAVAGE

EL INCENDIO DE BOSTON.



Plano que demuestra los destrozos causados por el incendio (del American Register).

Revista de Paris.

Paris no tiene ni ojos ni oídos sino para lo que pasa en Versalles. ¿Cómo no sería así? Las tribulaciones políticas toman cada día un carácter más serio. En vano quiere Paris hacerse ilusiones, y decirse que llegamos á la época del año en que el comercio prospera y la vida y la animación se difunden por todos los ámbitos de la gran capital; la inexorable política viene todos los días á repetirle que no puede entregarse á la paz y al descanso. Para la población de Paris, que durante tanto tiempo ha disfrutado de un sosiego inalterable, es esta una fatal novedad á que no se acostumbra ni mucho menos. A decir verdad, no es porque la gran masa de esta población tenga preferencias muy señaladas por este ó el otro gobierno, ni pida tales ó cuales instituciones, no: lo que desea es aquella tranquilidad perdida, á cuyo amparo, Paris prosperaba, los extranjeros afluan abundantemente á sus hoteles, las fiestas se sucedían sin interrupción y el gozo y el contento rebotaban por todas partes.

Pero está visto que no se halla en vísperas de conseguir su deseo. Muy al contrario, las perspectivas de hoy son oscuras como nunca, á un conflicto sucede otro conflicto. Toda la semana, desde que escribimos nuestra revista anterior, ha sido un período de zozobra, esperando lo que iba á producir la comisión nombrada en la Asamblea de Versalles para dar su dictamen sobre la proposición de contestación al Mensaje de M. Thiers aprobada por la Cámara. Desde los primeros momentos se susurraba que no podía establecerse un acuerdo entre el gobierno y la mayoría de la comisión; y sin embargo, se quería creer que el tal acuerdo se establecería, que ni M. Thiers ni la comisión se obstinarían en el rompimiento. Hoy es forzoso rendirse á la evidencia. En la sesión de ayer martes se ha leído el dictamen donde consta clara y palpable la desavenencia.

El documento es largo y un tanto difuso; pero al través de los elogios que prodiga á M. Thiers, se descubre bien que el partido conservador quiere dar otro giro á la política.

Principia por rechazar toda hostilidad sistemática contra el presidente de la República, delegado de la Asamblea, colocado por la mayoría al frente del poder, no para mirarle como enemigo. La buena voluntad y el deseo de conciliación constituyen su invariable regla de conducta en todo conflicto con el presidente de la República.

Más aun: la Asamblea comprende que su unión con M. Thiers es la condición indispensable para que pueda llevarse á buen término la comenzada obra de la reorganización del país.

«Sabemos, dice el dictamen, que la Francia no separa en su confianza, á la Asamblea del presidente de la República; sabemos que quiere ante todo la unión de aquellos á quienes confió sus destinos el mismo día, por el mismo voto, y en cierto modo, por el mismo grito de agonía. Juntos hemos levantado á la noble y grande herida y hoy que apenas de pie, nuestra pobre patria fija su vista en nosotros, aparece animada de igual sentimiento de gratitud por aquellos que la han socorrido. El presidente de la República la ha prestado eminentes servicios y el país no ignora que con todas nuestras fuerzas hemos secundado nosotros al jefe del poder ejecutivo y que nuestro concurso le ha fortificado en sus empresas.»

Sin embargo, las cosas han cambiado y tienden á cambiar más todavía. Quiere hacerse definitivo lo provisional, se olvida aquella palabra de M. Thiers en Burdeos: Ni los monárquicos ni los republicanos seréis engañados; y á todo esto la sociedad se ve amenazada de un peligro inmenso, el triunfo legal del radicalismo.

Sobre este punto el dictamen traza un cuadro de la situación nada propio para tranquilizar á la gente pacífica.

«Existe en nuestro desgraciado país, dice el dictamen, un ejército del desorden más numeroso y fuerte que en ninguna otra parte, y que según los tiempos, toma diversas denominaciones. En 1848, se llamaban socialistas y su insurrección sucumbió en las barricadas del 24 de junio. En 1871, se han llamado partidarios de la Commune, y hoy se llaman más ordinariamente radicales, nombre que no siempre se ha empleado en el mismo sentido, pero que en estos últimos tiempos se ha adoptado para designar la liga de la destrucción.

» Su objeto es destruir lo que existe sin indicar lo que edificarán en su lugar. Tal es, con efecto, la pobreza de sus concepciones que temerían perder su influencia si en vez de lo que se atreven á prometer se supiera lo que son capaces de cumplir. Atacan lo que nosotros defendemos, destruyen lo que queremos conservar, insultan lo que respetamos; sus esperanzas son para nosotros causas de temor. Los pensadores del radicalismo no creen en Dios, y en sus diccionarios que llaman científicos, se encuentran definiciones del hombre que rebajan nuestra especie.

» Los hombres políticos del partido sostienen que la religión debe ser desterrada de las escuelas, sin más objeto que el de crear obstáculos á la enseñanza religiosa. Bajo pretexto de separar la Iglesia del Estado, los mismos hombres políticos piden que la nación francesa, la nación leal por excelencia, se niegue á pagar á los ministros del culto, lo que les debe en virtud de las leyes de 1792. Diríase que su deseo es el de sofocar la voz de la religión, la única que hable á los hombres de sus deberes y que luche con alguna fuerza contra las declamaciones estrepitosas con que los demagogos tratan de exaltar el sentimiento del derecho individual.

» Lo que hoy caracteriza á ese partido, es que después de haber conducido á la Francia al aniquilamiento de sus recursos, trata de hacerse con el poder y de establecer en este país el foco de la propaganda revolucionaria de Europa, sin pensar en el peligro que nos traería su advenimiento, de una nueva guerra. Hace más de cuarenta años que el presidente de la República combate á esa facción. En 1848, la denunció valerosamente en sus libros y en sus discursos; y como ministro del gobierno de julio, ordenó una represión vigorosa. Ya sabemos que en mayo de 1871, sostuvo contra la Commune, la más terrible batalla que el ejército del desorden haya dado á la sociedad.

» Y sin embargo, con la mala fe que subleva á todo hombre honrado, los radicales abusan del respetado nombre del presidente de la República. Sus candidatos, en todas partes donde la táctica es útil, se presentan como apoyos de una política que en el fondo detestan, y como los aliados de un hombre que se prometen sacrificar si un día el país extraviado, pusiera en sus manos el gobierno. En un banquete famoso, sus brindis han asociado el nombre que tranquiliza al país con el nombre que le espanta; y para colmo de humillación se ha oído al orador de ese banquete tomar á M. Thiers bajo su protección, á fin de calmar las desconfianzas de la concurrencia demagógica.»

Contra este mal la mayoría de la comisión pide remedio, y propone un gobierno de combate.

M. Thiers no se niega á organizarle; pero dice que un gobierno de combate necesita armas y él no las tiene.

Aquí reside la gran dificultad del momento.

El dictamen propone á la Asamblea que se nombre inmediatamente una comisión de quince miembros, para que presente un proyecto de ley de responsabilidad ministerial; y el presidente de la República se niega á ello á menos que no se le conceda el correctivo, esto es, el derecho de disolución y el establecimiento de una segunda Cámara.

En suma, la comisión dice á M. Thiers: Gobierna con nosotros exclusivamente, porque somos la mayoría y queremos ser gobierno. Si lo haces así, marcharemos de acuerdo; y entre tanto, aceptada la responsabilidad ministerial, todo gabinete que no obre con arreglo á nuestras ideas será derrocado, lo que no puede suceder ahora porque el poder presidencial lo absorbe todo.

Y tanto es así que el dictamen ha encontrado un medio para evitar las crisis gubernamentales que se suceden con sobrada frecuencia.

La comisión cree perjudicial la intervención personal del jefe del poder ejecutivo en los debates de la Cámara.

El presidente de la República, aunque su título legal no excede «los derechos de un delegado,» ocupa de hecho una situación eminente, la cual impide que en su presencia la Cámara no disfrute moralmente de la plena y entera libertad que necesita para sus deliberaciones.

Es urgente aplicar remedio á esta situación; en otros términos, la comisión propone que se busque el medio de impedir que M. Thiers asista á las sesiones como un simple diputado que toma la palabra á cada instante, y que en medio de dificultades que nacen de improviso ejerce una presión ocasionada á grandes conflictos.

Todo esto exige, á juicio de la mayoría de la comisión, que se arreglen de una vez para siempre las relaciones del poder ejecutivo con la Cámara, lo cual se conseguirá estableciendo la responsabilidad ministerial, que podrá dar de sí crisis de gabinete, no de gobierno.

En cuanto á la creación de la segunda Cámara propuesta por M. Thiers á cambio de aquella concesión, el dictamen la rechaza, porque considera que el día que eso se hiciera, se cambiarían las condiciones del poder legislativo, y la disolución sería inmediata.

El establecimiento de una segunda Cámara, dice la comisión, sería nuestro testamento político.

Tal es, resumido á grandes rasgos, el documento parlamentario que tiene tan conmovida á la opinión pública.

No hay para qué insistir en lo que se desprende bien claramente de este análisis.

La mayoría de la comisión da la voz de alerta en vista de los progresos del radicalismo, y no cree que el presidente pueda atajarlos sin organizar al punto un ministerio de combate, responsable ante la Cámara.

M. Thiers se niega absolutamente á acceder á tal concesión sin compensación ninguna, y de aquí el conflicto. ¿Cuál será el resultado?

Hoy por hoy sería difícil saberlo. Las fuerzas parlamentarias están divididas en dos grandes campos que cuentan poco más ó menos igual número de combatientes.

El martes, después de la lectura del dictamen, la izquierda propuso que la discusión se aplazara hasta el jueves, en tanto que la derecha proponía el día siguiente. Se pidió la votación nominal, y 356 miembros votaron para el jueves y 332 por el miércoles.

El gobierno salió, pues, triunfante de esta primera prueba con una mayoría de 24 votos, victoria que los amigos de la presidencia celebran con entusiasmo, sin gran motivo, porque aquella votación fué una especie de sorpresa, porque no se dió importancia á la cuestión, y, finalmente, porque la misma comisión se dividió, y unos opinaban por un día y otros por otro.

De todos modos, los hombres sensatos comprenden que una mayoría de veinte ó de cuarenta votos es insignificante para dar al gobierno la fuerza moral que necesita, y no vacilan en asegurar que si el jueves próximo no se aumenta, el presidente entregará el poder á los que le ambicionan.

Esta es una de tantas suposiciones, pues bogamos estos días en un océano de noticias á cual más borrascosas.

Mientras que por una parte se asegura que M. Thiers no desea otra cosa que descargarse del enorme peso que por patriotismo lleva encima, por otra se dice que no se retirará del gobierno sin apelar al país para que juzgue su conducta, ó sea para que decida entre el presidente y la Asamblea.

Estos últimos aconsejan vivamente á M. Thiers que no presente su dimisión, aun cuando no tuviese mayoría en la Cámara, porque el país está en su favor, como lo prueban las infinitas manifestaciones de los ayuntamientos y consejos generales de todos los departamentos que llegan cada día á la presidencia, aprobando el Mensaje y en favor del sostenimiento de la República. El comercio de algunas grandes ciudades suscribe también declaraciones de adhesión al presidente.

En cuanto á la prensa, nada podría dar idea del grado de exaltación á que ha llegado. La misma fusión que se ha hecho en la Cámara entre elementos más ó menos heterogéneos, se ha hecho en los diarios. Muchos de los que antes parecían conservadores hacen coro con los radicales para sostener al gobierno á todo trance. En suma, es una situación tirante por todo extremo, y esta misma tensión nos infunde la esperanza de que se logrará encontrar, si no un acomodamiento definitivo, por lo menos una tregua.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA FELICIDAD.

¡Ay! ¡infeliz de aquel que en su delirio
Corre tras tí, felicidad fugaz,
Ave que habitas en oculta zona,
Flor escondida en páramo polar!
A tí te llaman los guerreros *Gloria*
Y los amantes *Ilusion y Amor*;
Los graves sabios te apellidan *Ciencia*,
Nada el ateo, y los cristianos *Dios*;
Pero acá todos tras tu sombra fueron,
Y acá tu sombra á todos engañó;
Los que te buscan tras la tumba, acaso
Te encontrarán, desconocida flor.
Pero no yo, que tras tu espectro vago
No ya otros años vagaré infeliz;
¡No yo, que muerta mi ilusión querida,
Todo con ella lo sentí morir!

C. A.

¡SI SUPIERAS!

(DEL FRANCÉS).

No lejos de la cuna sin mancha
De donde su ángel levantara el vuelo,
En el silencio de la noche helada,
Y medio loca y sin querer consuelo
Yace la madre en lágrimas bañada.
De súbito, divina maravilla,
Semejante al fugaz, tenue ruido
De una abeja al volar, dulce á su oído,
«Pues que me amabas y mi madre eras,
Dice una voz, ¡no llores!... ¡si supieras!»

C. ALBAN (DE COLOMBIA).

DOS

Palabras de historia

ACERCA DEL CABALLO

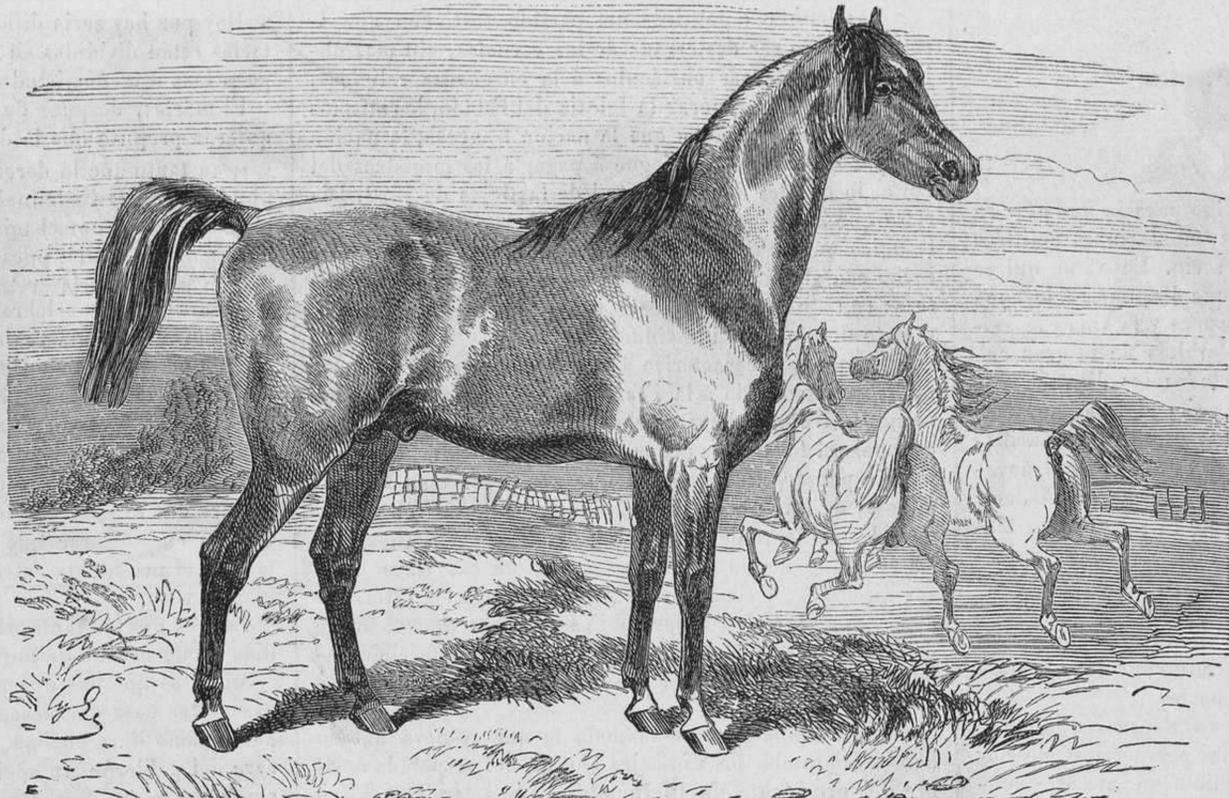
DE RAZA PURA.

En Francia, donde el Estado atiende á todo, necesitó intervenir en la cria caballar del país desde el día en que los cambios políticos trajeron á la corte á la opulenta y poderosa aristocracia que en otros tiempos vivía en sus haciendas. Cuando Richelieu destruyó el gran feudalismo, destruyó también las muchas yeguaceras señoriales que constituyeron en Francia aquellas familias de caballos tan famosas en Europa. La división de la propiedad y el aumento de la población urbana dieron el último golpe á los establecimientos de aquella clase. Entonces tuvo que intervenir el gobierno, siguiendo en esto la ley común, pues únicamente Inglaterra y el ducado de Mecklemburgo no han tenido que suplir en Europa con una institución del Estado la incapacidad de los particulares en materia de yeguacera.

Sea como quiera, el Estado reconoció la necesidad de remediar los malos efectos del sistema excesivo bajo el cual sucumbe el caballo inglés, al mismo tiempo que veía la insuficiencia del caballo árabe, tal como viene de Oriente. La utilidad se encontraba en un término medio. Las yeguaceras del Estado tomaron, pues, la iniciativa de una obra nueva: quisieron dar al caballo árabe las cualidades exteriores que debían hacerle más adecuado á las necesidades de la época, y quitar al inglés todo lo que debía al exceso, á fin de que volviera á las condiciones que justamente habían hecho su fama.

Durante treinta años, la administración ha marchado con paso firme en esta vía, y antes de este tiempo se ha reconocido ya cuán útiles han llegado á ser los resultados de su sistema. Adquiriendo y conservando la raza árabe en las preciosas condiciones de su pureza nativa, no se olvidó de la insuficiencia de la forma y trató de modificarla para desarrollar sus aptitudes; quiso que la nueva familia sirviese inmediatamente para todo lo que sirven las variedades meridionales de Francia.

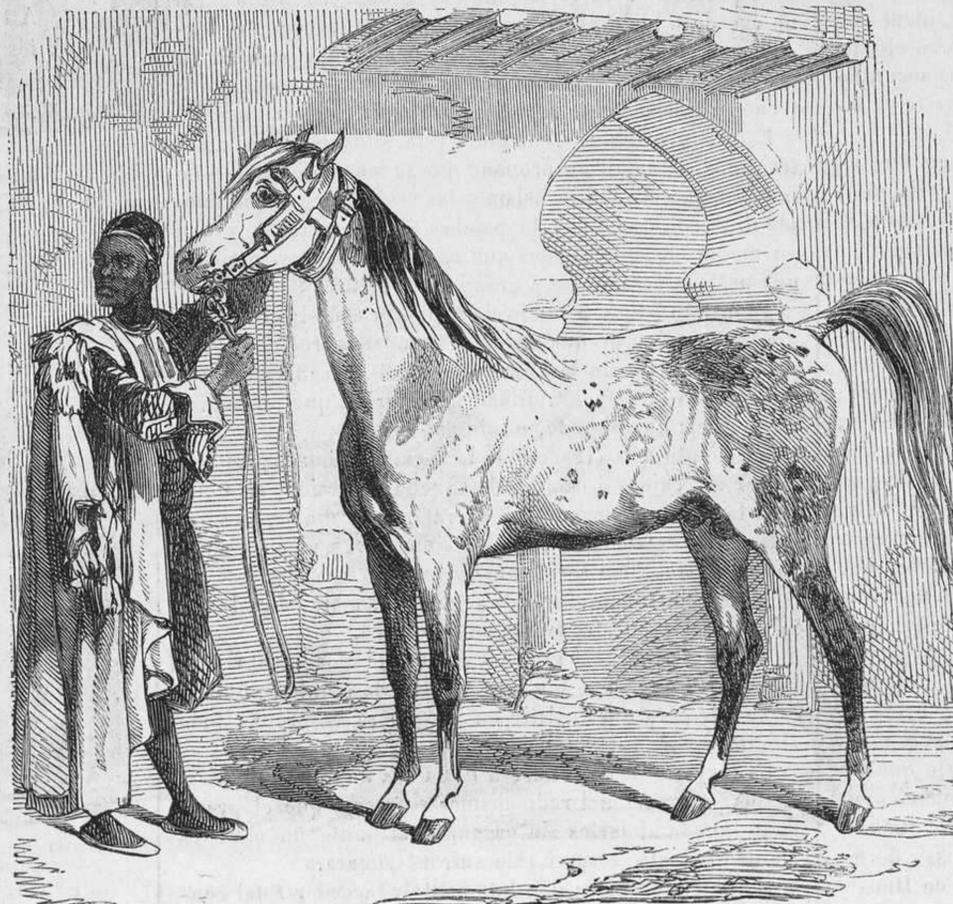
Los turfistas decían que se aprovechara la obra inglesa, consumada ya; pero había una dificultad, y es que el caballo inglés de carrera, lejos de mejorar la raza del Mediodía, destruye su valor característico, y así fué que le rechazaron de la producción, atentó á que engendraba la pobreza en vez de la riqueza. Por el contrario, el caballo oriental, salvo la pequeñez de sus proporciones, correspondía mejor á las necesidades del país. Desarrollando estas se alcanzaba el objeto y se restituía toda su utilidad y fuerza á la producción caballar de la mitad de la Francia.



Caballo padre de raza árabe.



Caballo de carrera.



Caballo padre de raza árabe de segundo orden.

En el día responden los hechos y no tienen réplica.

El caballo árabe nacido y criado en los establecimientos del Estado, había tomado cuerpo, era sólido, hermoso y excelente. No era ya una miniatura, sino un motor enérgico y bien dotado; conservaba el aspecto airoso, inteligente, de su raza. Sus crines eran de seda; el pelaje, de reflejos puros y brillantes, cubría una piel fina y transparente; el sistema muscular era denso y compacto, enérgico y resistente á los choques; los miembros estaban bien proporcionados; en suma, toda su configuración era hermosa y acusaba grandes perfecciones.

Un caballo así es precioso en todas partes. Los ganaderos le estimaban mucho, porque sus productos le daban favor en el mercado. El caballo árabe nacido en Pompadour y criado á la europea, era más apreciado que el caballo árabe directamente traído de Oriente.

Este hecho, opuesto al abandono casi completo del caballo inglés, tenía sin duda una significación precisa.

Los elementos de esta producción eran tres, á saber: la pureza de origen y una selección muy severa de los reproductores; una higiene adecuada, una alimentación abundante y sustanciosa; y ejercicios en relación con la edad y las fuerzas individuales. En otros términos, arte y cuidados: *non ingenium, sed cura*.

Y lo mismo para la reproducción de la raza pura inglesa.

Esta última se ha hecho en un magnífico establecimiento del Estado, en la yeguacera del Pin, creada por Luis XIV, destruida en 1790, restaurada por Napoleón I en 1806, y

reducida á la condición de depósito de caballos padres en 1852.

Aquí se trató de conservar al caballo inglés las condiciones de estructura más favorables para la mejora de las razas del Oeste, del Norte y del Este de la Francia. Con efecto, el caballo inglés ganó mucho en la forma sin haber perdido nada en el fondo, como se probó repetidas veces en las carreras. Las más brillantes facultades de la raza no eran, pues, incompatibles con la regularidad y la mayor amplitud de la forma. Y este resultado era sin duda más difícil de obtener completo que la exageración de una facultad única; pero su utilidad no era más contestable que los inconvenientes ó las decepciones que evita, los cuales tienen su origen en la desigual repartición de las fuerzas vitales que traen consigo una exageración de las formas, destructora de la armonía, necesaria para ciertos servicios.

Pero no fueron los triunfos del hipódromo los más importantes: los principales servicios se encuentran en el hecho de una reproducción mejor, y de ello han aprovechado los particulares. Sin embargo, los turfistas clamaron contra una producción de dobles fines, pidiendo el monopolio del caballo de carrera, que es insuficiente para proteger á las razas indígenas de to-

LAS COMEDIAS CASERAS, POR CHAM.



— Tengo buenos informes para entrar al servicio de la señora condesa. — Eso es lo de menos. ¿Tienes memoria? En mi casa se representan comedias.



— ¡Qué felicidad! Acabo de tener un hijo que podré dedicar al repertorio grotesco.



— Desde que se representan comedias en mi casa no sé á qué atenerme... ¿Eso es comedia ó no es comedia?...



— ¿Ese traje te has hecho? — Por supuesto; ¿qué vestido mejor para comedias?



— Actor convertido en hombre de mundo desde que el hombre de mundo se ha hecho cómico.



— ¡Bonita han puesto mi sala con las decoraciones! Me veo obligada á vivir en medio de una selva como Genoveva de Brabante.



— La cocinera tiene razon; no hay teatro sin bombero y por lo tanto debemos admitir el que nos presenta.



— Cuidado, caballero; que esta noche hay comedia y los tramyistas han levantado el suelo.



— ¡Ah! Se me olvida el papel, y veo hostezar al peripolista.



— El vendedor del *Entre-Acto* y la vendedora de caramelos admitidos en los salones, por la manía de las comedias caseras.



La criada. — ¡Horchata! ¡Limonada! ¡Cerveza!
La señora de la casa. — ¿Quieres callarte? ¿Qué gritos son esos?
La criada. — Son los gritos que se dan en el teatro para vender refrescos.



— ¡Catalina! ¿Cómo te atreves á tutear á tu amo?
 — Es porque le ví á usted vestido de criado en la comedia y se me figura que es usted de los nuestros.

das las causas de debilitamiento. Y ha sucedido que el país no encuentra hoy en ninguna parte el generador capaz y poderoso que necesita. A causa de esto, se pensó que los ganaderos utilizarían el otro; pero no es así, pues los ganaderos rechazan más que nunca el caballo de carrera, reproductor indígena que destruye las razas deformándolas.

Importa mucho tener presente que la buena producción de las razas medias se halla amenazada, y que el mal está en la exageración del sistema que preside á la reproducción del caballo de carrera. El remedio es bien fácil.

E. G.

Cuentos de Hoffmann.

LA SEÑORA DE SCÚDERI.

(Continuación. — Véase el número 1,038).

El poema concluía con un pomposo panegírico de Luis XIV, lo cual era lo muy bastante para que el monarca lo leyese con visible satisfacción. Concluida la lectura volvióse sin apartar los ojos del papel hacia madama de Maintenon, y después de haber vuelto á leer en alta voz los versos, le preguntó sonriendo agradablemente su opinión sobre los amantes en peligro. Fiel á sus apariencias austeras y conservando siempre cierto barniz de gazmoñería, madama de Maintenon respondió que las citas misteriosas, condenadas por la moral, no merecían protección alguna especial, pero que los crímenes horribles exigían una pronta venganza.

Poco satisfecho de esta ambigua respuesta, el rey dobló el papel y se disponía á ir á unirse á otra estancia con uno de sus secretarios de Estado, cuando fijó sus ojos en la señora de Scúderi, que se hallaba sentada en un pequeño sillón cerca de madama de Maintenon. Adelantóse hacia ella, mostrándose en sus labios la sonrisa que acababa de desaparecer de ella, y puesto en pie delante de la señora de Scúderi, y desdoblado la poesía, la dijo afablemente:

— La marquesa no quiere oír hablar de los amantes ni de sus galanteos; pero vos, señora, ¿qué pensáis de esa petición poética?

La señora de Scúderi se alzó respetuosamente de su asiento, y tiñéndose sus pálidas mejillas de rubor, contestó inclinándose y bajando los ojos:

El amante que teme á los ladrones
No es digno de ser amado.

El rey, asombrado del carácter caballeresco de aquellas pocas palabras, que destruían el efecto de toda aquella tirada de versos que acababa de leer, exclamó:

— ¡Por san Dionisio, que tenéis razón! La cobardía no debe ser protegida por ciegas medidas que confundan al inocente con el culpado. Que la Reinie y Argenson cumplan con su deber.

III.

Al día siguiente por la mañana la Martiniere al referir á su señora lo que había ocurrido la noche precedente, le pintó con una viva emoción todas las atrocidades que se repetían con frecuencia en la ciudad, y le entregó temblando la misteriosa cajita. Bautista se mantenía en un rincón de la estancia con su gorra en la mano, el rostro cubierto de palidez y el corazón oprimido de ansiedad. Ambos rogaban con la mayor instancia á su señora que no abriese aquella cajita sino con las más grandes precauciones.

La señora de Scúderi les dijo tomándola en peso entre sus manos:

— Sois dos locos. Los malvados que según vosotros mismos están perfectamente enterados de los secretos de las casas, saben lo mismo que nosotros tres que soy pobre y que no se encierra en estas paredes ningún tesoro que merezca la pena de cometer un asesinato. ¿Se querrá acaso atentar á mi vida? ¿Y de qué podría servirles la muerte de una mujer de sesenta y tres años que no ha atacado nunca á otros ladrones ni á otros perturbadores del reposo público que á los que ella misma ha creado en sus novelas, que escribe versos medianos incapaces de excitar la envidia de nadie y que no dejará por toda herencia más que los trapos de una vieja admitida de vez en cuando en la corte y algunas docenas de libros encuadernados y con cantos dorados? Nada importa, querida Martiniere que me hayas contado la aparición de ese desconocido con los colores más sombríos. Yo no puedo creer de modo alguno que haya abrigado un culpable designio. Así...

La Martiniere retrocedió tres pasos y Bautista cayendo casi de rodillas lanzó un profundo suspiro cuando la señora de Scúderi apretando un botón de acero, alzó la tapa de la cajita,

Cuál fué su sorpresa cuando vio brillar en ella dos brazaletes enriquecidos de piedras preciosas y un collar no menos magnífico. La escritora tomó el aderezo y mientras se entretenía en examinar su maravilloso trabajo, la Martiniere contemplaba estupefacta los brazaletes repitiendo que la vanidosa Montespan no tenía otros parecidos.

— ¿Pero qué significa este presente? exclamó la señora de Scúderi. En aquel momento reparó en un billete colocado en el fondo de la cajita. Lo tomó y con la esperanza de encontrar en él la solución de aquel misterio, lo leyó. Apenas había concluido su lectura cuando se le cayó el papel de sus trémulas manos y fijando en el cielo una expresiva mirada, cayó casi sin sentido en su sillón. La Martiniere y Bautista corrieron á ella atemorizados.

— ¡Oh! exclamaba la pobre señora con una voz ahogada por las lágrimas. ¡Qué insulto! ¡Qué humillación tan cruel! ¿Debia yo sufrir tal ultraje en mi ancianidad? ¿he vivido yo acaso como una joven aturdida? ¿Qué culpables ligerezas he cometido? ¡Dios mío! ¿Cómo pueden ser interpretadas de un modo tan cruel palabras dichas en tono de broma? ¿Con que es preciso que el crimen me mezcle en una diabólica asociación á mí que he permanecido fiel á la virtud y á la piedad desde mi infancia?

La señora de Scúderi se enjugaba sus lágrimas y sollozaba amargamente y la Martiniere y Bautista llenos de asombro no sabían lo que hacer para consolarla.

La Martiniere recogió del suelo el billete en el que se leían los siguientes renglones:

« El amante que teme á los ladrones
No es digno de ser amado. »

« Muy respetable señora:

» Vuestro ingenio nos ha salvado de una cruel persecución, á nosotros que ejercitamos sobre la debilidad y la cobardía el derecho del más fuerte, á nosotros que nos apoderamos de los tesoros que deberían ser escandalosamente disipados. Dignaos recibir ese aderezo, como muestra de nuestro reconocimiento. Es el más magnífico que ha caído en nuestro poder hace muchísimo tiempo. Vos sin embargo, sois acreedora, noble señora, á que se os ofrezca todavía uno mucho mejor que este. Os rogamos que os dignéis no retirarnos vuestra amistad, ni vuestra memoria.

» LOS INVISIBLES. »

— ¿Es posible, exclamó la buena señora así que se hubo repuesto un poco de su turbación; es posible que se lleve hasta tal punto la impudencia y la burla?

El sol brillaba al través de las cortinas de seda encarnada que cubrían la ventana, y los diamantes colocados sobre la mesa cerca de la cajita abierta, lanzaban un vivo resplandor. La señora de Scúderi se cubrió horrorizada el rostro y mandó á la Martiniere que apartase de su vista aquel repugnante aderezo teñido todavía con la sangre de las víctimas. La Martiniere encerró al punto las joyas en la cajita y dijo que sería oportuno llevarse al lugar teniente de policía y contarle todo lo que había pasado con todos sus pormenores.

Madama Scúderi se levantó en silencio, púsose á pasear á lo largo por su habitación pensando en el partido que debería tomar y después dijo á Bautista que fuese á buscarle una silla de manos y á la Martiniere que la vistiese, porque trataba de dirigirse al momento á casa de la señora de Maintenon.

Tomó la cajita y se hizo llevar á casa de la marquesa á la hora en que sabía que estaba sola en su habitación.

Madama de Maintenon se sorprendió extraordinariamente al ver entrar con el rostro alterado y el paso vacilante á la señora de Scúderi, la cual á pesar de su avanzada edad había conservado mucha dignidad y gracia en su continente.

— ¡Qué os ha sucedido, Virgen Santa! dijo la marquesa á la pobre señora que casi fuera de sí y sin poderse sostener aceptó con prontitud el sitio que se le ofrecía.

Así que se encontró en estado de poder hablar, la señora de Scúderi refirió la dolorosa injuria que le había granjeado la broma irreflexiva con que había respondido á la demanda de los amantes. La marquesa, después de haberle prestado mucha atención, contestó que la señora de Scúderi tomaba demasiado á pecho aquella increíble aventura; que aquella acción irrisoria de una cuadrilla de miserables, no debía afectar en nada á una persona tan noble, digna y piadosa, y manifestó deseos de ver el aderezo.

La señora de Scúderi se lo entregó y la de Maintenon no pudo menos de admirarse á vista de aquel hermoso trabajo. Tomó el collar y los brazaletes, acercóse á la ventana, examinó uno por uno los diamantes al sol recreándose en su limpieza y en el arte prodigioso con que habían sido engastados. De repente volvióse á la señora de Scúderi diciéndole:

— ¿Sabeis que solo René Cardillac puede haber montado estos brazaletes y este collar?

René Cardillac era en aquella época el joyero más afamado de París y uno de los hombres más hábiles y notables de su época. Bajo de estatura, de anchas espaldas y de fuerte y muscular estructura, Cardillac

había conservado á la edad de cincuenta años el vigor y la viveza del joven. Sus cabellos rojos, crespos y rizados y su rostro animado y muy expresivo, denotaban un vigor poco común. Si Cardillac no hubiese sido reconocido en París como un hombre honrado, franco, sin doblez, desinteresado y siempre dispuesto á complacer á cualquiera extraña mirada que se escapaba de sus pequeños ojos grises, brillantes y hundidos, hubiera bastado para hacerle sospechoso de astucia y perversidad.

Como acabamos de decir, Cardillac era uno de los hombres más inteligentes en su profesión, no ya solo de París, si no quizá de toda la Europa. Conociendo perfectamente la naturaleza de las piedras preciosas, sabía cortarlas y engastarlas de tal manera, que piedras que á primera vista parecían valer muy poco, adquirirían un realce extraordinario al salir de sus manos. El aceptaba con gusto todo trabajo, llevando por él un precio que con relación á su importancia era sumamente módico. Cuando esto sucedía no descansaba un solo instante: noche y día se le oía trabajar en su taller y más de una vez concluida ya su tarea, si la hechura de un adorno le desagradaba, si alguna de las piedras no le parecía bastante bien montada, en fin, si no se hallaba satisfecho de un cincelado, echaba de nuevo su aderezo en el crisol y volvía á empezar su operación. De este modo no salían de sus manos sino verdaderas obras maestras que excitaban la admiración de las personas á las cuales se destinaban; pero era casi imposible sacarle la obra que acababa de terminar, porque entretenía con mil pretextos de semana á semana y de mes á mes á sus parroquianos, los cuales en vano podían ofrecerle el duplo de la suma convenida, porque él no aceptaba nunca un solo luis de más del precio estipulado. Cuando finalmente se veía obligado á ceder á las instancias de sus parroquianos dando libertad á un aderezo, se pintaban en su semblante todas las señales de un profundo dolor y de una cólera penosamente reprimida. Cuando se trataba de devolver una obra á la que la calidad de las piedras y el cincelado de oro prestaban un valor considerable, veíase al desgraciado Cardillac correr de un lado á otro hecho un insensato y renegar de sí y de su trabajo. Si alguno se le acercaba en este momento diciendo:

— René Cardillac, ¿quereis hacerme un collar para mi novia, ó unos brazaletes para mi querida? se quedaba parado un momento examinándole con sus pequeños ojos de fuego y le decía frotándose las manos:

— ¿Qué me traéis?

— Algunas joyas, le contestaban enseñándole una cajita; nada de particular, piedras comunes pero que en vuestras manos.....

Cardillac no dejaba concluir á su interlocutor: arrebatada la cajita, se ponía á examinar á la luz del sol las piedras que tal vez no eran en realidad de gran mérito y exclamaba lleno de entusiasmo:

— ¿Piedras comunes decís? nada de eso; son muy lindas, magníficas, y si no reparais en unos cuantos lúises de oro, yo las rodearé de algunos pequeños brillantes que deslumbrarán vuestros ojos.

Si se le contestaba, confío en vos, y se os pagará vuestro trabajo, sin considerar si el parroquiano era un hombre del pueblo ó un señor de la corte, Cardillac se arrojaba á su cuello, decía que era feliz y que dentro de ocho días le mandaría su aderezo. Acto continuo entraba en su casa aceleradamente, encerrábase en su taller y al espirar los ocho días dejaba terminada una obra maestra. Pero desde que el parroquiano se presentaba á traerle la suma convenida y á pedirle con empeño la obra encargada, Cardillac aparecía triste, grosero y hasta insolente.

— Mirad, maestro Cardillac, que mañana es mi boda.

— ¿Y qué me importa á mí de vuestra boda? Volved dentro de quince días.

— El aderezo está concluido, dádme lo y tomad vuestro dinero.

— Ya os he dicho que necesito hacer varias modificaciones en el aderezo y que no os lo puedo entregar hoy.

— Y yo os repito que si no me lo entregáis al punto de buen grado, por lo cual estoy pronto si quereis á pagaros el duplo de las hechuras, me hareis que vuelva á reclamároslo con los agentes de la policía.

— Pues bien, que el diablo os coja entre sus tenazas ardientes y que este collar pese trescientas libras en el cuello de vuestra querida y la ahogue.

Al decir estas palabras Cardillac colocaba las joyas en el jubón del novio y cogiéndole por un brazo le arrojaba con tanta violencia de la estancia, que solía hacerle rodar las escaleras. Entonces se colocaba en la ventana y se reía de un modo satánico al ver al pobre hombre alejarse ensangrentado y molido.

Había además en la conducta de Cardillac otras extravagancias no menos difíciles de comprender. Muchas veces, después de haber aceptado un encargo con entusiasmo, lleno del más profundo dolor, se presentaba á la persona que se lo había hecho y llorando é invocando á la Virgen y á todos los santos, le conjuraba para que le permitiese no concluir el trabajo convenido. Varias personas de la más elevada categoría le habían ofrecido en vano enormes sumas con tal de que el lapidario les montase alguna piedra. Cardillac se había arrojado á los mismos pies del rey implorando como una señalada merced la seguridad que le exigía de no ser obligado nunca á trabajar nada para él. Cardillac rehusó igualmente las súplicas de madama de Maintenon y rechazó con una expresión

de miedo y horror el deseo que ella le significó un día de que le hiciese una sortija adornada con los emblemas del arte dramático que quería regalar á Racine.

— Apuesto, dijo madama de Maintenon, á que si envío á buscar á Cardillac para saber á quién ha vendido este aderezo, se niega á venir temiendo que le encargue algo, porque no hay miedo de que trabaje para mí. Parece sin embargo, que hace algun tiempo que no se muestra tan tenaz como otras veces: dicen que se le nota mas activo que nunca y que ya entrega sin gran dificultad su trabajo, pero no sin un profundo dolor.

La señora de Scúderi, cuyo ardiente deseo era que la cajita que le habia sido remitida fuese entregada lo mas pronto posible á su legitimo propietario, discurrió que se le podría advertir al raro platero que no se trataba de encargarle obra alguna, sino de pedirle su opinion acerca de un aderezo. La marquesa aceptó la proposición y envió á buscar á Cardillac, el cual, como si se hubiese hallado ya en camino para venir á palacio, entró pocos momentos despues.

A vista de la señora de Scúderi se conmovió como un hombre sorprendido por un accidente inesperado y olvidando en su turbacion los deberes de la etiqueta, saludó primero con un profundo respeto á la escritora y despues á la marquesa, la cual señalándole con el dedo las joyas esparcidas sobre la mesa, le preguntó si era él quien las habia montado. Apenas Cardillac lanzó una mirada sobre ellas, cuando las encerró con precipitacion en la cajita y las arrojó con violencia lejos de sí.

— En verdad, señora marquesa, contestó con una horrible sonrisa que contraía su rostro, que es necesario ser muy poco inteligente en el arte de René Cardillac para creer un solo instante que exista en el mundo otro diamantista capaz de hacer semejante aderezo. Sí, este trabajo es mio.

— Decidnos pues, añadió la marquesa, ¿para quién lo hicisteis?

— Para mí solo, respondió Cardillac. Sí, añadió él al reparar que madama de Maintenon y la señora de Scúderi le miraban asombradas la una con desconfianza y la otra con ansiedad. Sí, señora marquesa, por extraña que os parezca mi contestacion, no he dicho mas que la verdad. Solo por tener el gusto de hacer una obra maestra, he echado mano de mis mejores piedras y he trabajado con mas ardor y esmero que nunca. Hace algun tiempo que este aderezo desapareció de mi casa de un modo inexplicable.

— ¡Alabado sea Dios! exclamó la señora de Scúderi con una mirada radiante de alegría; y saltando de su sillón con la ligereza de una niña de quince años, se adelantó hácia Cardillac.

— Maestro René, le dijo golpeándole cariñosamente en el hombro, recibid el tesoro que os habian robado.

Ella refirió entonces punto por punto el modo con que habia llegado á su poder aquella cajita. Cardillac la escuchaba en silencio y con los ojos bajos: de tiempo en tiempo dejaba escapar una exclamacion ininteligible como ¡ah! ¡asi! ¡ah! y ya juntaba sus manos por la espalda, ya se frotaba las megillas y la barba.

Cuando la señora de Scúderi concluyó su relato, Cardillac pareció hallarse combatido por una lucha interior, por un conflicto de ideas á las que buscaba una solucion. Frotóse la frente, suspiró, pasóse la mano por los ojos como para enjugarse una lágrima, por último, apoderóse de la cajita que le presentaba la señora de Scúderi y se arrodilló diciendo:

— La muerte ha reservado para vos estas joyas, noble y digna señora. Ahora recuerdo que al engastarlas pensé varias veces en vos, para vos he trabajado yo. No desdeñeis este aderezo, el mas hermoso de todos los que yo he hecho hace mucho tiempo.

— ¿Cómo? respondió la señora de Scúderi con una graciosa sonrisa; ¿hablais con formalidad, maese René? ¿Puedo yo acaso á mi edad adornarme con esa pedrería? ¿Y qué razon teneis para ofrecerme un presente tan magnífico? Vamos, vamos, maese René, si yo fuese linda como la marquesa de Fontange y rica, no dejaria ciertamente escapar este aderezo de mis manos; pero ahora ¿para qué colocar estos brazaletes sobre mis flacos brazos y este brillante collar sobre mi arrugada garganta?

Cardillac que se habia ya puesto en pié, continuaba ofreciendo la cajita á la señora de Scúderi y le dijo con una mirada feroz y como fuera de sí:

— Por piedad, señora, aceptad este aderezo. Vos no podeis imaginaros hasta dónde llega el profundo respeto que yo os profeso por vuestras virtudes y grandes cualidades. Aceptad, pues, ese modesto presente como un testimonio de los pensamientos intimos que yo desearia manifestaros.

La señora de Scúderi vacilaba todavia. Madama de Maintenon tomando la cajita de manos de Cardillac le dijo:

— En nombre del cielo, señora, siempre hablais de vuestra avanzada edad. ¿Para qué nos hemos de ocupar vos y yo del número de los años? Me pareceis una jóven tímida y confusa que desea tocar los frutos prohibidos, pero que teme mancharse los dedos; no refuseis el presente que el buen maestro René os ofrece tan de corazon y que tantos otros no podrian alcanzar ni á peso de oro, ni por sus repetidos ruegos y súplicas.

Y diciendo así obligó á la señora de Scúderi á tomar la cajita.

Entonces Cardillac se arrojó á los piés de la venerable señora, le besó el traje y las manos, suspiró, lloró, gimió y despues levantándose repentinamente se precipitó fuera de la estancia como un insensato, derribando la mesa, la porcelana y los vasos que habia encima.

— ¡En nombre de todos los santos! exclamó la señora de Scúderi asustada, ¿qué le ha sucedido á ese hombre?

Pero la marquesa que aquel día se hallaba con un exceso de buen humor muy extraño en su carácter, soltó una carcajada y dijo:

— Hé aqui el secreto, señora; el maestro René está perdidamente enamorado de vos, y segun los usos y costumbres de la verdadera galanteria, empieza el sitio de vuestro corazon por medio de ricos presentes.

Madama de Maintenon insistiendo en esta broma, rogó á la señora de Scúderi que no se mostrase demasiado cruel con un amante reducido á la desesperacion. Aquella señora continuando la chanza, contestó que puesto que las cosas habian llegado á tal punto, no podia menos de declararse vencida y que daría al mundo el nunca visto ejemplo de una señora de alta nobleza siendo la futura á los setenta y tres años de un joyero. Madama de Maintenon ofreció hacer por su propia mano la corona de boda é instruir á la nueva esposa de los deberes de una buena madre de familia, deberes que una niña inexperta como ella desconoceria sin duda.

Cuando la marquesa dejó de dar bromas á la señora de Scúderi, permaneció esta muy seria y pensativa y exclamó mirando la cajita que habia quedado entre sus manos.

— Yo no he de usar jamás este aderezo; sea cualquiera el medio por el cual ha llegado á mi poder, es lo cierto que ha estado en el de esos infames bandidos que roban y asesinan con la audacia del demonio, que están tal vez unidos á él por medio de un pacto maldito. Me causa horror la sangre que me parece empañan el brillo de estas piedras y hasta la conducta misma de Cardillac tiene para mí algo sombrío y siniestro. No puedo descartarme de un horrible presentimiento; me parece que todo esto envuelve un espantoso misterio. Cuando yo recuerdo una á una todas las circunstancias de este suceso, no sé explicarme el por qué el honrado maestro René, ese tipo del hombre de bien del pueblo, se me aparece envuelto en criminales tintas. Lo cierto es que yo no tendré jamás valor para engalanarme con estas joyas.

La marquesa afirmó que esto era llevar el escrípulo demasiado lejos: sin embargo, cuando la señora de Scúderi le preguntó:

— ¿Qué hariais vos en mi lugar?

Madama de Maintenon le respondió con firmeza:

— Arrojar primero al Sena este aderezo que ponérmelo una sola vez.

La visita del maestro René inspiró á la señora de Scúderi agradables versos que leyó la noche siguiente al monarca en los salones de madama de Maintenon, tal vez por disipar las sombrías ideas que trabajaban su espíritu, la buena escritora se entretuvo en representar con los mas vivos colores la risueña imagen de una noble señora casada á la edad de setenta y tres años con un lapidario. El rey se rió muchísimo con los versos y declaró que la señora de Scúderi jamás habia escrito nada tan ingenioso y que Boileau acababa de encontrar su maestro.

IV.

Habian ya trascurrido muchos meses cuando un día pasó casualmente la señora de Scúderi por el Puente Nuevo, en la carroza de la duquesa de Montausier. Los curiosos agolpados en el Puente Nuevo rodearon el carruaje de la duquesa impidiendo á los caballos el marchar desembarazadamente; de repente la señora de Scúderi oyó voces, denuestos y maldiciones y distinguió á un hombre que procura á viva fuerza abrirse paso entre la muchedumbre, acérese y ella se encuentra con la mirada penetrante de un hombre pálido y con el rostro sumamente melancólico.

El jóven la contempla con tenacidad, batallando contra los curiosos que le estorbaban interceptándole el paso y por último se lanza á la carroza, pone el pié en el estribo, arroja un billete en la falda de la señora de Scúderi y desaparece del mismo modo que habia ido, repartiendo codazos á diestra y siniestra.

Al ver á aquel hombre á la portezuela del carruaje, la Martiniere que iba junto á su señora, lanzó un grito de espanto y cayó desvanecida en el fondo de la carroza. En vano la señora de Scúderi tira del cordón del cocheró; este como si se le llevasen los diablos azota á los caballos que piafando y llenos de espuma parten á galope y salvan en un abrir y cerrar de ojos el puente que resuena con sus pisadas. La señora de Scúderi derramó un frasco entero de esencia sobre su camarera, la cual entreabre sus ojos y pálida y temblorosa se pega convulsivamente á su señora, diciéndole con voz entrecortada:

— ¡Por la Virgen! ¿qué queria ese hombre? ¡Ah! es él, el mismo que os llevó la cajita aquella terrible noche.

La señora de Scúderi tranquilizó á la pobre mujer manifestándole que no le habia ocurrido desgracia alguna y que solo se trataba por entonces de enterarse del contenido del billete. Abriólo pues y leyó.

« Un funesto destino que vos podeis conjurar me arroja á un abismo. Yo os ruego encarecidamente con todo el ardor con que un hijo ruega á su madre que tomeis el collar y los brazaletes que habeis aceptado de mí y que los hagais llevar á la casa del maestro Cardillac bajo cualquier pretexto, como por ejemplo, para que le varíe una piedra.

» Vuestro reposo y vuestra vida dependen de ello. Si de hoy á pasado mañana René no tiene en su poder esas alhajas, penetro en vuestra casa y me mato á vuestros propios ojos. »

— Es bien seguro, dijo la señora de Scúderi terminada esta lectura, que si este hombre misterioso pertenece con efecto á una infame cuadrilla de asesinos, no trama sin embargo nada malo contra mi persona. Si él hubiese podido hablarme la noche que penetró en mi casa ¿quién sabe si me hubiera explicado todo ese cúmulo de circunstancias oscuras de las que nada en limpio acierto á sacar? Sea lo que sea, cumpliré con lo que se me pide en este billete aun cuando no fuese mas que por verme libre de este maldito aderezo que se me figura un talisman infernal. Cardillac, fiel á sus antiguas costumbres no lo soltará tan fácilmente.

Al otro día la señora de Scúderi pensaba en ir á llevar los diamantes á casa del joyero, pero hubiérase dicho que todos los talentos de la corte se habian citado en la de ella para sitiarla con versos, comedias y anécdotas. Apenas Chapelle hubo concluido la lectura de una escena, de una tragedia asegurando maliciosamente que lo que era por aquella vez estaba cierto de enterrar á Racine, cuando este entró y le dejó tamaño con una magnífica tirada de versos patéticos: despues llegó Boileau que hizo brillar sobre aquel horizonte trágico las chispas de su genio trágico y cesar los largos parlamentos sobre la columnata del Louvre entablados por Perrault, el médico arquitecto.

Era ya mas de medio día. La señora de Scúderi debia ir á visitar á la duquesa de Montausier y dejó para el día siguiente la ida á la casa de Cardillac. Sin embargo, se sentia víctima de una agitacion singular, veia continuamente á aquel pálido jóven ante sus ojos, y un vago y confuso recuerdo despertado en el fondo de su corazon, le decia que no era la vez primera que ella habia visto aquella fisonomia. Los mas agitados sueños la persiguieron aquella noche: parecía que habia cometido una culpable ligereza no tendiendo al punto su mano al desgraciado que á punto de caer en el abismo alzaba las suyas hácia ella; se le figuraba que tal vez habia dependido de ella el evitar un acontecimiento deplorable, hasta un crimen... Por la mañana temprano hizose vestir y dirigióse con su cajita á la morada del platero.

En la calle de San Nicasio una muchedumbre numerosa se habia agrupado delante de la casa de Cardillac, gritando, vociferando y amenazando con echar la puerta abajo. Costábase no poco trabajo á la guardia municipal el contener á aquel pueblo amotinado, y en medio de aquella espantosa agitacion oianse gritos feroces que decian « ¡matadle! ¡hacedle pedazos! ¡muera ese maldito asesino! » Desgrais se adelantó seguido de un numeroso piquete que á duras penas se abria paso entre la apretada multitud. Abrióse la puerta y un hombre cargado de cadenas salió de la casa en medio de las imprecaciones y de los aullidos de cólera del pueblo. En aquel momento la señora de Scúderi, llena de terror, y asaltada por un horroroso presentimiento, oyó el eco de una voz lastimera:

— ¡Adelante! ¡adelante! dijo ella al cocheró, el cual dando una vuelta con destreza y rapidez, penetró en las masas y se detuvo á las puertas de Cardillac. La señora de Scúderi vió entonces á los piés de Desgrais á una jóven medio desnuda con los cabellos sueltos sobre la espalda, hermosa como un sol, pero con el semblante revelando la mas cruel desesperacion, abrazada á las rodillas de Desgrais y que exclamaba con acento desgarrador:

— ¡Es inocente! ¡es inocente! En vano Desgrais y los suyos se esforzaban por levantarla del suelo y separarla de aquel lugar. Un hombre rudo y fuerte se apoderó de ella con mano vigorosa; la arrastró con violencia y despues tambaleando él mismo la soltó; por lo cual la jóven rodó la escalera de piedra quedando sobre el pavimento inmóvil y sin sentido. La señora de Scúderi no pudo ya contenerse.

— ¡En nombre de Jesucristo! exclamó, ¿qué es lo que aquí ha sucedido? y abriendo con viveza la portezuela saltó del carruaje.

El pueblo se apartó respetuosamente ante la venerable señora, quien viendo á algunas compasivas mujeres ocupadas en socorrer á la jóven y en frotarle los pulsos con esencia, se aproximó á Desgrais y reiteró sus preguntas.

— Un crimen espantoso, dijo el jefe de la guardia. Señora, René Cardillac ha sido hallado esta mañana atravesado de un puñal; el asesino es su aprendiz Oliverio Brusson, al cual se conduce ahora mismo á la cárcel.

— ¿Y esa jóven?

— Es Magdalena, la hija de Cardillac y querida del asesino; ya la veis cómo llora y gime repitiendo que Oliverio es inocente, enteramente inocente, por lo cual creo que ella sabe la verdad del hecho y voy á hacer que la conduzcan ahora mismo á la Conserjería.

(Se continuará).

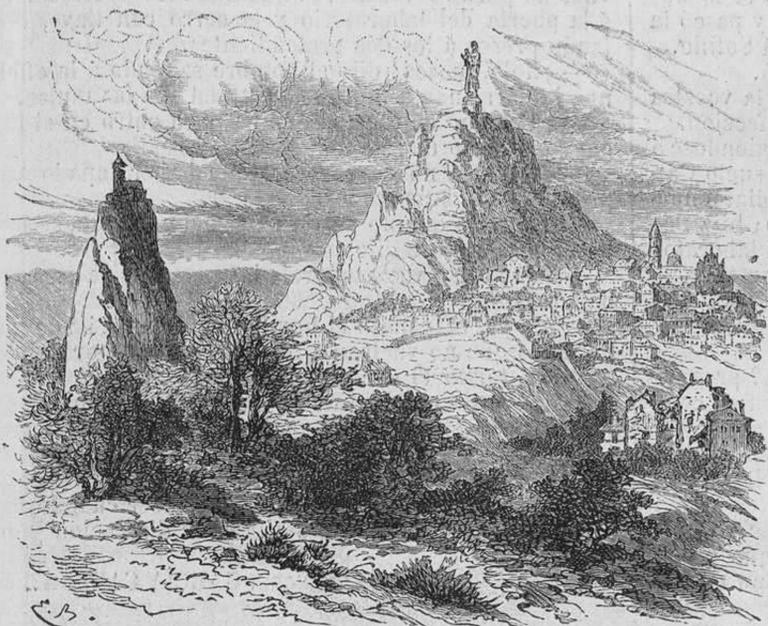


LA NIEBLA EN LONDRES.

Las Montañas.

Hé aquí un asunto inagotable para los escritores y las artistas. Cada día se hacen nuevas publicaciones relativas á las montañas, y cada día se leen y se admiran sus descripciones ilustradas con mas interés y una curiosidad mas viva.

Con efecto, ¿quién no desea ver y saber? ¿Cuál es el corazon ju-



El pueblo del Puy, el peñon Corneille y el peñon d'Aiguille.

venil que no palpita ante la relacion de alguna excursion arriesgada por las grandes selvas, por los flancos de los altos montes sembrados de abismos y cuyas nevadas cumbres se pierden en los cielos?

Estas obras inspiran á la juventud el amor á los viajes.

La montaña es sana para el cuerpo, sana para el espíritu y sana para el corazon. El cuerpo toma en ella la costumbre de la lucha, el espíritu ve y concibe la verdadera grandeza, el corazon se despierta á los sentimientos de la caridad y del amor de la familia.



Los segadores.

Pero para hacer con fruto tan saludables excursiones, es necesario haber adquirido previamente una porcion de nociones generales y especiales; especiales sobre la comarca que se visita, su topografía detallada, las bellezas que contiene, los hombres que la

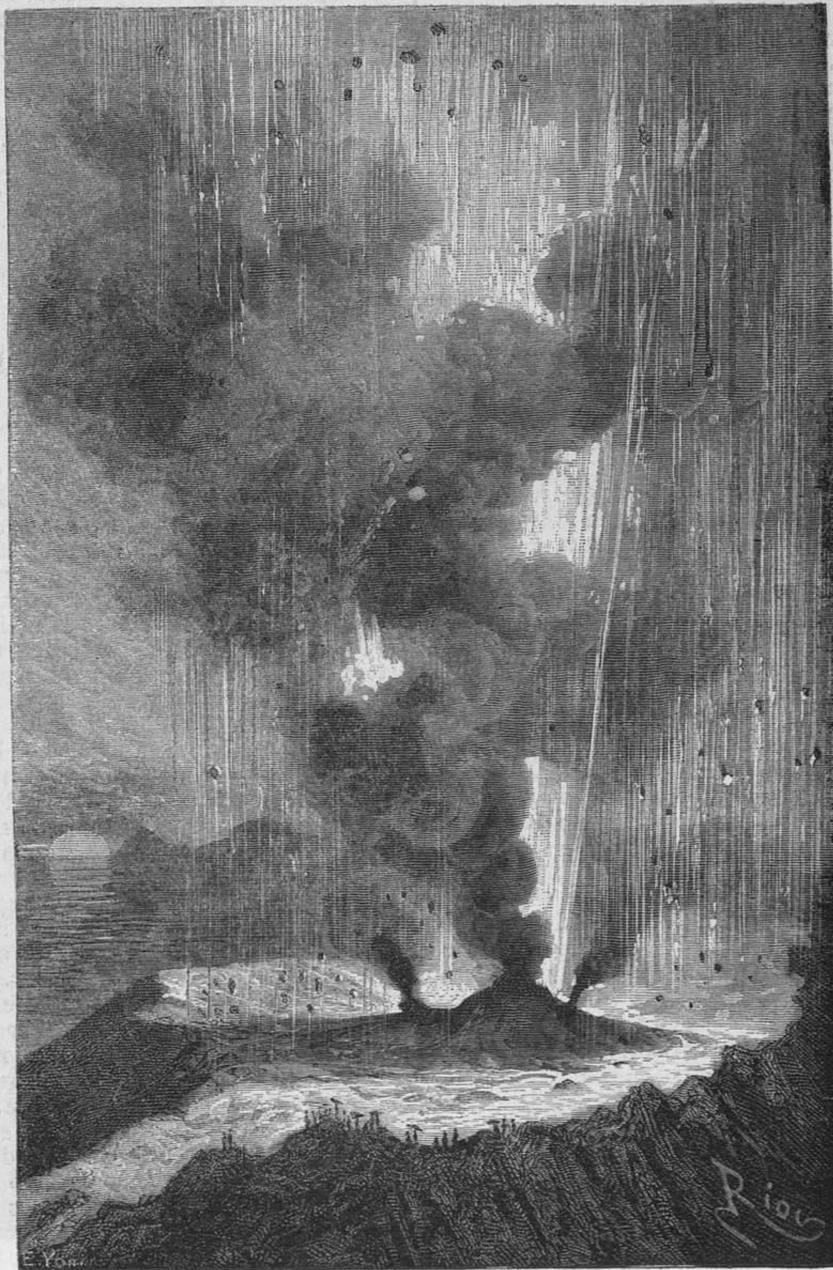


Camino del Brunig á Meyringen (Suiza).

habitan y los recursos de todo género que ofrece á los visitantes; generales sobre los países montuosos, la dimension y origen de esas grandes protuberancias del suelo, sobre sus aguas y sus hielos, su clima, sus productos y poblacion.



Niño robado por un águila.



Cumbre del Vesubio en la erupcion de 1838,

De aquí la utilidad de las obras á que nos referimos, que no son solo un recreo de la vista, sino una fuente de instruccion inapreciable.

La série de dibujos que publicamos y que se explican suficientemente por sí mismos, darán á nuestros lectores una muestra de los interesantes trabajos que salen á luz en Francia sobre las montañas de diferentes paises. P.

Batalla de sabios.

CUENTO.

(Conclusion. — Véase el número 1,038).

VII.

Soto llegó á Consuegra y se fué en derecha á la botica del lugar. Arrendó el caballo á una reja, y entróse de rondon en la trastienda.

Al llegar allí se quedó plantado, inmóvil y mudo como una estatua. Lo primero que le dió en los ojos fué la cara encendida de su abominable competidor, el cual, sentado en una mesa de encina, hacia crugir una pluma sobre un pliego de papel. A un extremo de la mesa, y con los codos apoyados en ella, estaba sentado un individuo cuyo cuerpo enjuto y amojamado acusaba el recibo en pergamino de hasta sesenta navidades; y el cual, pegados los puños á las mandíbulas, seguía con mirada curiosa los torcidos y convulsos renglones que trazaba la mano de Sotillo. En el lado opuesto de la trastienda estaba sentada en un sillón de baqueta una moza de hasta veinte abriles, de cuerpo achaparrado, alta de hombros y caderas, fatigada de pechos, ojos grandes y preñados y nariz de castaña pilonga. Tenía puestos los cinco rábanos de su mano izquierda en la parte inferior del seno, donde la naturaleza suele colocar la cintura, cuando concede al cuerpo humano esta modificacion de la recta línea, y con la otra jugueteaba modestamente con la punta del delantal. De cuando en cuando alzaba los abultados párpados, miraba furtivamente á Sotillo, y sus macizas megillas se teñían de los amoratados carmines que el rubor campesino le roba al melocoton.

Al presentarse Soto en la trastienda, el boticario despegó los puños de las mandíbulas y le acogió con un ¡Dios os guarde! Sotillo levantó la cabeza, y al ver á su mortal enemigo, clavó con furia la pluma en los algodones del tintero, hincóse los puños en los muslos, y despidiendo ponzoña por los ojos, comenzó á golpear el suelo con los tacones como quien tiene frío de cuartana.

Pero Soto sin darse cata de la cólera de su contrario, acercóse al boticario, y le dijo:

— Vengo de Alcázar de San Juan, y os traigo saludos de don Juan el escribano.

— ¿También vos? dijo el boticario levantándose. A la cuenta su merced del señor don Gil le ha cobrado gran amor á mi casa.

— ¿Por qué lo decís? preguntó Soto mirando á Sotillo con la cola del ojo.

— Porque veis ahí un caballero que no há mas de una hora que ha llegado de Alcázar, añadió el boticario, y cuya visita debo también á ese dechado de cortesía escribanil á quien solo conozco por haberle comprado una casa. Pero ¿qué haceis, hija Petronila, que no acercaís acá una silla?

Petronila soltó la punta del delantal y acercó una silla á la mesa.

— Esta doncella, ¿es vuestra hija? preguntó Soto mirando á la mozueta, la cual, á impulsos del rubor, absorbió por las narices, torciendo la boca, una recia columna de aire, y se volvió á su puesto confusa y avergonzada.

— Muy servidora de vuesa merced, repuso el boticario; es mi segundogénita: la primera murió en mantillas, y esta es mi única heredera. Y ahí donde la veis, añadió el boticario dirigiendo á Sotillo una mirada en que rebotaba el orgullo paternal; es moza que lleva en dote el terruño de su abuela maternal y una casa que há pocos dias la he comprado en Alcázar, donde radica un campo de pan llevar.

— ¿Qué oigo! exclamó Soto al propio tiempo que su contrario enderezaba al boticario una mirada de vibora. ¿Con que es esta la discreta doncella de quien tanto bien me ha dicho su merced del señor don Gil?

— ¿Cómo es eso? respondió el boticario, ¿qué también el bueno del escribano os ha hablado de Petronila?

— ¿Y cómo si me ha hablado! Háme la puesto en los cuernos de la luna.

— Pues yo jurara que no la ha visto en su vida.

— Conocéala por la fama de su belleza y discrecion.

— ¿Oyes, hija Petronila? dijo el boticario encogiendo de hombros. Tu fama trasiega por la Mancha. Saluda á este buen caballero, muchacha, que un mensajero cómo su merced, no le has de encontrar á cada trascantillo.

Petronila hizo una genuflexion, y se sorbió una segunda dosis de modestia, que se hubiera refugiado mejor en un pañuelo.

Soto prosiguió:

— Oídme pocas razones, y sabreis si me han dicho maravillas de las partes que adornan á mi señora doña Petronila. Mi nombre es don Diego de Soto, hidalgo de limpia genealogia, natural de Ciudad Real, bien heredado de padre y madre, y con mas hacienda que muchos que de ricos blasonan, añadió mirando con mirada de basilisco á Sotillo, que recibió el flechazo rechinando los dientes, y á lo que vengo es á pedir por esposa á la señora Petronila.

El boticario se enderezó en la silla como si le hubieran clavado un alfiler en la rabadilla, y paseó la mirada atónita de Sotillo á Soto y de Soto á Sotillo.

— ¿Qué ha dicho vuesa merced? exclamó.

— Digo que tendré á gran merced el que la vuestra me conceda la mano de ese dechado de perfeccion.

— Hija Patronila, repuso el boticario dirigiéndose á la doncella, que no hacia mas que mirar al suelo y alzar los ojos de cuando en cuando para estudiar á hurtadillas al personaje que solicitaba su mano; hija Petronila, ¿qué filtro habeis compuesto en mi laboratorio, que así os llueven maridos por todas partes?

La doncella, en vez de responder, dió una vuelta en redondo, movida por el resorte de la vergüenza, y mostró á la pared su rostro pudibundo.

— ¿Pues qué, hay otro moro en campaña? preguntó Soto apretando los dientes y clavando en su contrario sus ojos de basilisco.

— No es moro, replicó el boticario, sino un cristiano viejo quien os disputa la mano de Petronila. Dígalos si no este buen hidalgo de Ciudad Real, en quien es tan poderoso el deseo de poseer ese que llamais dechado de discrecion y de hermosura, que desde ahora me anuncia el fin de su vida si mañana mismo no se casa con ella.

— ¡Ah! ¡que también este caballero pide consorcio! dijo Soto con mal reprimida cólera.

— Pídelo con tanta premura, repuso el boticario, que veísle ahí terminando la minuta de los capitulos matrimoniales.

— Así es la verdad, exclamó Sotillo descargando un puñetazo en la mesa; y vuesa merced desista de su propósito, porque palabra y piedra suelta no tienen vuelta, y mi señora doña Petronila ha consentido en ser mi esposa.

— ¡Tate! dijo el boticario poniendo la mano abierta sobre la mesa. Si la niña admitió el envite, fué porque no la dieron á escoger.

— ¡Háme dado palabra! gritó Sotillo.

— ¡No ha dicho esta boca es mia! gritó mas recio el boticario.

— ¡El silencio otorga! retrucó Sotillo.

— El silencio es una firma en blanco, sobre la cual cada hijo de su madre escribe lo que se le antoja.

— ¡Eso no, cuerpo de tal, que vos habeis consentido en la boda!

— ¡Qué consentimiento ni qué patarata! Petronila es menor y no puede salir perjudicada. Acércate acá, hija, y pues tan discreto entendimiento has echado en pocas horas, á ver cómo dirimes esta discordia sin agravio de tirtios ni troyanos.

— ¡Eso pido! dijo Soto.

— ¡Yo me opongo! gritó Sotillo.

— Sentencie esa doncella.

— ¡Hay daño de tercero! volvió á gritar Sotillo dando un puñetazo á la mesa.

— ¡Pues id á que os lo cure mi mancebo! dijo el boticario montando en cólera.

Y asiendo del brazo á Petronila la puso de un tirón á dos pasos de la mesa; volvió á sentarse en su silla, y repuso:

— Haya paz, ó voto á diez que se me acabe la paciencia y mandó á esta discreta doncella á espumar la olla, y á vuestas mercedes noramala.

Dicho esto, el boticario hizo la pausa indispensable para pasar de la cólera á la conciliacion, y dirigiéndose á la doncella, dijo:

— Ahora bien, hija Petronila; ves aquí dos caballeros que solicitan tu mano. ¿A cuál de los dos se inclina tu gusto y voluntad?

Petronila miró con timidez á los dos aspirantes; bajó los ojos; los alzó por segunda vez, y despues de una pausa designó con el índice á Soto.

Sotillo se levantó de un brinco.

— Ya lo ha visto vuesa merced, le dijo el boticario, esa doncella con su discretísimo índice ha pronunciado sentencia definitiva sin agraviar á nadie con palabras.

— ¡Yo me doy por agraviado! gritó Sotillo poniendo ambas manos sobre la mesa, y echando el cuerpo adelante como si quisiera devorar al boticario; ¡vuesa merced es un casquivano y ella una tornadiza!

— ¡Y vos un deslenguado! dijo Soto levantándose.

— ¡Y vos un erudito de bambolla!

— De esos sois vos que mostrais un Plutarco sin frontispicio y le quereis remontar á los primeros tiempos de la estampa.

— Hablara quien no tuviera las manos puercas de haberle enmendado la fecha á un Tito Livio que anda en manos de todo el mundo.

— Menos en las vuestras pecadoras, que no han tocado jamás un incunabulo.

— Las vuestras sí que están vírgenes de ese contacto.

— ¡No, sino las vuestras!

Soto y Sotillo manoteaban como energúmenos, y puestos uno enfrente de otro, como dos toros en celo, con el cuerpo encorvado, las narices casi juntas, y los ojos á punto de saltar de las órbitas, andaban por la trastienda, avanzando el uno, y retrocediendo el otro, y rugiendo los dos como leones. De esta suerte se habian entrado ya por una puerta que daba paso al laboratorio del boticario, cuando de repente asomó una cabeza por un ventanillo que ponía el electuario en comunicacion con la trastienda, y se oyó una voz que gritaba:

— ¡Cierren esa puerta! ¡cíerrenla pronto!

Y como el boticario y Petronila se quedasen inmóviles de puro sobresalto, el que daba las voces corrió á la puerta del laboratorio y la cerró con llave, dejando presos á los dos pretendientes.

— ¡Hola, mozos! dijo el hombre saliendo á la oficina; id corriendo á la posada y traed acá las mulas.

— ¿Era uno de ellos el que há poco entró en el lugar? preguntó uno de los mozos.

— Sí tal, y no es poca fortuna haber topado tan pronto con sus mercedes.

El boticario que no volvía en sí del asombro, se llegó al hombre y le dijo:

— Por lo que veo asegurais las personas de esos caballeros.

— Así es, respondió el hombre; y esta vez ha de ser de modo que no vuelvan á hallar resquicio por donde salirse á tomar el verde.

— ¿Segun eso deben de ser dos grandes criminales?

— No son sino dos dementes que se fugaron anteayer de la casa de locos de Toledo.

— ¡Válgame Dios! exclamó el boticario llevándose las manos á la cabeza; ¡lo debí de conocer cuando tomaron á Petronila por un dechado de discrecion y de belleza!

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

Memorias de un criado.

PRIMERA PARTE.

EL MARIDO DE LA SEÑORITA SHUM.

I.

UNA FAMILIA INTERESANTE.

Las Memorias están de moda. ¿Por qué no he de escribir yo las mías? Poseo todas las cualidades requeridas para salir airoso en este género de literatura: una alta reputacion de mi propio mérito, y unos buenos deseos de hablar mal del prójimo.

Dicho esto, comienzo sin mas preámbulo.

Me llamo John-Herbert-Legismoad-Fitz-Rey de la Pluche. Estos nombres, con los que me enorgullezco, se me dieron en recuerdo de varios nobles que habian honrado á mi madre con su amistad. En cuanto á mi nombre de familia, le ignoro. Tal vez sea el vástago ignorado de una raza ilustre, tal vez veais en mí el hijo de un cochero de algun notabilísimo señor, cuyo retrato adornaba el dormitorio de mi madre. Sea lo que quiera, me conformo con el misterio en que se halla envuelto mi nacimiento, al pensar que el origen de los mas grandes nombres de la antigüedad está rodeado de una oscuridad no menos profunda que la que cubre el mio. Todo lo que se sabe acerca del estado civil del divino Platon, es que tuvo padre. ¿No nos dice la historia que Homero nació en siete ciudades diferentes, hecho raro que no ha impedido á ciertos escépticos afirmar que semejante poeta no ha existido nunca?

Yo no he conocido al autor de mis dias. En cuanto á mi madre, á quien perdí siendo aun muy niño, solo conservo algun recuerdo bastante confuso de la vida extraña que hice á su lado, mezclada de dias serenos y tormentosos. Tan pronto llevaba un sombrero con plumas, vestido de terciopelo y botas de saten, como un traje descolorido y unos zapatos en estado bien lastimoso. Cuando no me abogaba con sus caricias, me sacrificaba con sendos golpes. Un dia almorzábamos perdices regadas con vino de Champagne, y al siguiente nuestra única comida se componia de algunas cortezas de pan duro.

Pero echemos el velo del olvido sobre esta época azarosa de mi existencia. Una mañana mi madre murió repentinamente. Yo permanecí durante dos dias en un rincon de su cuarto, no atreviéndome apenas á moverme, asustado de su inmovilidad y de su silencio, llorando de temor mas bien que de frío ó de hambre. Indudablemente estaria aun allí, á no ser por algunas vecinas que se apiadaron del pobre huérfano. Permittedme que os diga, así como de paso, que generalmente hay mas piedad, mas corazon, en una de esas familias del pueblo, que en las de una docena de lores.

Sin embargo, aunque no tenga yo por qué reconve-

nir á mis bienhechoras; ciertos recuerdos que el tiempo no ha podido borrar de mi memoria me hacen creer que mi moralidad se hubiera resentido mucho si las protectoras de mi infancia hubiesen sido las encargadas de completar mi educacion.

Felizmente para mí, un digno filántropo logró que me admitiesen como interno en la escuela gratuita de San Bartolomé, admirable institucion, cuyos discipulos llevaban en aquella época una blusa verde manzana, zapatos de cuero blanco, y una placa de estaño en el brazo izquierdo. Allí pasé seis años. En los últimos tiempos de mi permanencia me dieron el encargo de manejar el fuelle del órgano con que se acompañaban los oficios matinales, lo cual indica, al parecer, que yo debía tener una gran disposicion musical. Este oficio le he desempeñado dos años... habia otro, es verdad, que recorria las teclas con los dedos; pero era mas perezoso que yo y no desempeñaba tan bien su cometido.

¿Contaré las travesuras de mi niñez? ¿Diré las manzanas que robaba á las fruterías, ni el tabaco que esparcía á manos llenas por los libros de mi anciano profesor? ¿Para qué? Pasemos en silencio este periodo poco interesante de mi vida.

Me contentaré con decir que salí de San Bartolomé á la edad de trece años, para entrar al servicio de un industrial llamado Bago (él se firmaba *Bago*), que fabricaba pastas de Italia y aceites en las cercanías del mercado de Smithfield. Yo me he permitido decir que este especiero fraudulento ganaba anualmente unos doscientos francos solo por alquilar sus ventanas, que daban frente por frente á la cárcel de Newgate, cuando habia algun ajusticiado. En aquel tiempo, se hacian respetar las leyes, ahorcando á un hombre por cualquier bagatela.

Me apresuro á añadir que no me concernian en nada los innobles detalles del comercio de Bago; habitaba su casa, donde mi única mision era afilar los cuchillos y abrir la puerta. Así es, puede decirse, como hice mi entrada en el gran mundo. No me avergüenzo de un *debut* tan poco digno de mí, porque así se ve claro que solo á fuerza de mi mérito personal he podido elevarme desde la humilde posicion que tenia á la altura que hoy ocupó.

Pocos meses permanecí en casa de mi primer amo: mi cara traviesa y mi aire distinguido hicieron que solicitase mis servicios un jóven que ejercía, en apariencia, una profesion lucrativa.

He dicho en *aparencia*, porque no pude descubrir la ocupacion de mi nuevo señor. Todo lo que sabia es que sus negocios le retenian la mayor parte del dia en el barrio mercantil de Londres. Como viviamos en el faubourg de Pentonville, todas las mañanas le llevaba á la *City* en su carruaje, en el que volvia á subir á las cinco.

Siempre le esperaba en un mismo sitio.

Parecíame bastante singular que un jóven tan distinguido como Federico Altamout no viviese en una calle mejor y en una habitacion mas cómoda. En efecto, nuestra habitacion se componia de un piso bajo que nos subarrendaban los señores Shum, matrimonio pobre pero prolijo, cuya numerosa familia ocupaba el resto de la casa.

El viejo Shum se vanagloriaba de haber servido en la marina, lo que no me parece increíble, puesto que habia tenido valor para casarse en segundas nupcias con una viuda rodeada de cuatro hijas. ¡Pobre marino! ¡Qué dia tan nefasto para él fué el en que se aventuró de nuevo á surcar las inquietas olas del himeneo!

Hé aquí el cuadro de aquella familia cuando la casualidad me puso en contacto con ella:

1º El almirante Shum.

2º Madama Shum, viuda Buckmaster.

3º Mlle Betzy, Mlle Fanny, Mlle Bidy, Mlle Elisa Buckmaster.

4º Mlle Mary, sola y única Shum del primer matrimonio.

5º Siete Shum del segundo, cuyos nombres es inútil manifestar.

Todas estas muchachas, á excepcion de Mary, eran feas hasta la exageracion, y tan discolas que se pasaban regañando el dia y la noche. Cuando no estaban riñendo, se dedicaban á la música, y tocaban con su acostumbrado desacuerdo un infernal utensilio, al que daban el nombre de piano.

Así que las cuatro señoritas Buckmaster acababan de ejecutar la *Batalla de Prague*, las siete Shum se reemplazaban una despues de otra y maullaban su romanza favorita ¿*Dónde se puede estar mejor que en el seno de su familia?* Estos eran los dos únicos trozos que sabian, pero como cada una le daba un tono distinto, podia uno figurarse que habia oido once melodias diferentes.

Mary era la única que recreaba nuestros oidos; así es que pronto llegó á ser nuestra favorita.

La vieja Shum hacia una vida de gran señora, es decir, que pasaba el dia echada sobre un canapé, bebiendo cerveza, leyendo novelas, engordando y gruñendo. Alguna que otra vez fingia un ataque de nervios para variar de placeres. En cuanto al marido, pasaba sus ratos de ocio leyendo diez veces seguidas un mismo número del *Times*.

¿Qué motivo, pues, habia podido inducir á Altamout á habitar bajo el mismo techo que estas gentes? El motivo salta á la vista: estaba enamorado de Mary Shum.

Ya he dicho que Mary formaba un singular contras-

te con sus hermanas. Era muy bonita, pequeña, blanca, un vivo carmin cubria sus mejillas; tímida y modesta, con grandes ojos azules y dorada cabellera. Seria muy difícil encontrar mas gentileza unida á tanta dulzura. Sus hermanas rabiaban al verla tan hermosa, y la atormentaban á cual mas, pero ella sufría todo con una paciencia ejemplar; he visto en el teatro muchos ángeles que no la igualan, á pesar de sus alas de gasa y de sus antorchas alimentadas con espíritu de vino.

Un dia que mi amo habia dado vacacion á sus negocios, estaba yo sentado en la escalera, escuchando lo que pasaba en el cuarto de nuestros vecinos. Disputaban como de costumbre, y el piano funcionaba tambien.

El viejo Shum se atrevió á notar una falta musical á miss Betzy, la cual interrumpió su tocata para exclamar:

— ¡Oh! papá, ¡qué bestia es Vd.!

Las otras hijas y la madre se echaron á reir. Mary, á quien habia encolerizado el insulto hecho á su padre, atestiguó su indignacion con una vigorosa bofetada aplicada en la mejilla de la culpable.

La vieja Shum dió un mugido, y por el ruido que hizo al levantarse, conocí que habia dejado el canapé. Subí con mucho sigilo, y al aproximarme á la puerta, que estaba entornada, ví los brazos de la vieja madrastra que caian y recaian como las aspas de un molino sobre la espalda de Mary.

Esta, que generalmente lloraba por nada, lejos de pronunciar la menor queja, replicó con el justo orgullo del que cumple con su deber:

— ¡Pues volveré á hacer lo mismo cada vez que Betzy insulte á papá!

— ¡Callaos! dijo el viejo Shum. ¡Afligir de ese modo á vuestra madre! ¡Levantar la mano á una hermana mayor!...

— Pero, papá, si os ha llamado...

— ¿Y bien, qué? A mí me tocaba corregirla, la interrumpió su padre, queriendo darse cierto tono de dignidad.

— ¡Corregirme! ¡Ya quisiera yo ver eso!

Y la nariz de Betzy, naturalmente chata, se replegó todavia mas al pronunciar estas frases.

Madama Shum, volviendo á recostarse en el canapé, puso término á la reyerta, mandando á Betzy que se fuera de la sala y que no entrase mas en todo el dia.

Miss Mary, la dije, oyéndola sollozar hasta el punto de comprometer su oprimido talle; mi amo ha salido, entrad en nuestro cuarto. Tenemos vaca en fiambre y pepinos.

— Gracias, Jhon; soy demasiado desgraciada para tener apetito; me respondió acariciando tristemente sus hermosos rizos.

Y entrando precipitadamente se sentó en un sillón.

Altamout apareció allí en un momento en que ni siquiera me acordaba de él. Tenia entre mis manos la de Mary, y aun creo que iba á depositar en ella un beso de consuelo, cuando entró mi amo.

— ¡Salid! me dijo con un tono nada tranquilizador.

Yo me apresuré á obedecer, porque la presion de una bota extraña acababa de comunicar á mi persona un impulso irresistible.

La conducta de Altamout no me dejó duda alguna de que amaba á Mary. Por eso se habia sonreido con tanta indulgencia cuando el diente voraz de los Shum disminuía considerablemente mi comida. No pasó por él desapercibido este comunismo forzoso; pero un amor desinteresado ¿puede inquietarse por algunas libras mas ó menos de carne?

Desde la fecha de la entrevista en cuestion se mostró muy atento con la familia de su patron. Miss Betzy se apresuró á hacer algunos preparativos, y fué invitada muchas veces á tomar el té en nuestro cuarto. Como las conveniencias sociales no la permitian ir sola, se hacia acompañar de Mary, á quien aparentaba mirar como una niña.

Un dia mi amo volvió antes de la hora en que solia, trayendo billetes para el teatro de Drury-Lane, donde ofreció llevar á Betzy y á Mary. Así que concluyó de comer, me dirigió la siguiente pregunta:

— ¿Tú no estás desprovisto de inteligencia?

Yo respondí de un modo que no ocultaba la verdad ni ofendia la modestia.

— Pues bien, prosiguió Altamout; te doy dos guineas si cumples con acierto mis órdenes. Esta noche vamos al teatro. He escogido de intento un dia en que, como ves, está diluviando. A la salida nos esperas con dos paraguas; me das uno, y con el otro resguardas de la lluvia á miss Betzy. Te la llevas por la izquierda en lugar de ir hacia la derecha, es decir, donde está el carruaje... ¿Me has entendido?

— Contad con ello; tendré buen cuidado de equivocarme el camino.

A la hora en que la gente empezó á salir del teatro me hallaba ya en mi puesto. Llovía á mares. Altamout se presentó dando el brazo á Mary, y seguido de Betzy, á quien no agradaba mucho aquella deferencia. Yo entregué un paraguas á mi amo, y en seguida eché un abrigo sobre las espaldas de Betzy. Mientras tanto habia desaparecido la otra pareja entre la multitud.

— Estad tranquila, la dije á miss Betzy; el carruaje está á dos pasos de aqui. Nos espera á la izquierda.

Despues de habernos zambullido bien por el lodo, empecé á demostrar recelos de no encontrar nuestro carruaje, y preguntaba á las personas agrupadas á las puertas del teatro:

— ¿Han visto Vds. el carruaje de M. Altamout?

Todos me respondian con chanzonetas, entre las que habia algunas de muy mal gusto, y con gestos capaces de ruborizar á un polizonte.

— ¿Qué hacer? exclamaba yo con un tono desesperado. Mi amo no me perdonará jamás. Y no llevo en mi bolsillo ni un penique para alquilaros un carruaje.

Nos vimos precisados á caminar á pié, sufriendo una lluvia horrorosa, y no llegamos á casa hasta las dos de la madrugada.

Mary, que no habia sospechado la conspiracion, se arrojó en los brazos de su hermana, mientras que Altamout juraba y decia que iba á partirme los riñones por haber vuelto á la izquierda en vez de dirigirme á la derecha. Decia que nos habian esperado mas de una hora antes de decidirse á venir solos.

Ignoro si aquella aventura aclaró á miss Betzy los verdaderos sentimientos de mi amo. En todo caso, como nuestro té era excelente, y teniamos siempre una vasta provision de tortas ó de *sandwiches*, sus visitas fueron tan frecuentes como de costumbre.

II.

¿CUÁL ES EL MISTERIO?

— ¿Con qué medios de existencia cuenta mi amo? ¿Cuál es su profesion? Si vive de sus rentas, ¿por qué esas ausencias diarias y regulares? me preguntaba yo continuamente.

Que intentara preguntarle, ni siquiera espiarle, Federico Altamout permanecia siendo el hombre mas impenetrable del mundo.

Una mañana, temiendo que se resfriase, le dije con mi habitual política:

— Hoy va á llover mucho: ¿quereis que vaya en tilbury á buscaros á vuestra oficina?

En lugar de darme gracias por el interés que me inspiraba su salud, me prohibió que me mezclase en sus asuntos.

Otra vez, el mismo dia en que miss Betzy recibió el bofetón de que ya he hablado, oí decir á Mary que preguntaba á mi amo:

— Querido Federico, ya se hablaban así, ¿á qué viene ese misterio? ¿Para qué me lo ocultais todo?

— Os basta saber que soy honrado y que os amo. Un secreto, cuya relacion solo serviria para entristeceros, debe rodear mi existencia desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde.

Era imposible obtener de él una respuesta mas explícita. Cuando iba á retirarme, creyendo que la conversacion habia terminado, la vieja Shum me cortó la retirada. Advertida por una de sus hijas de la llegada de Altamout, venia á interrumpir la entrevista. Yo creí un deber dar el grito de alerta levantando la voz y tirando un sillón, pero ella le separó y penetró en la habitacion de mi señor, gritando:

— ¿Habeis venido á mi casa en calidad de serpiente ó simplemente como huésped? Responded, caballero.

— He venido á vuestra casa, porque amo á Mary, y para probarlo, me casaré con ella si consiente en darme su mano; que escoja entre vos y yo. Y ya que os he contestado, tened la bondad de dejarnos tranquilos.

— ¡Federico, yo os seguiré hasta el fin del mundo! dijo la jóven dejándose caer entre sus brazos.

— ¡Muy bien, señorita! repuso la madrastra furiosa, (porque esperaba que Altamout se casaria con Betzy) ¡muy bien! Unios al hombre que me pisotea bajo mi propio techo... donde no hay nadie que me defienda.

Estas últimas palabras fueron el prólogo de un ataque de nervios. La camorra no tardó en reunir á Shum y á sus once retoños, cuya llegada calmó un poco el pataleo de la mamá.

— ¡Venid, Shum! exclamó al verles. Venid á admirar la conducta de vuestra hija, que tiene la impudencia de encerrarse con un hombre... ¡y lo que es mas, con un hombre enamorado de ella!

— Él... ¡enamorado de Mary! ¡Monstruo! ¡seductor! y Betzy empezó á dar chillidos todavia mas fuertes que los de su madre.

— ¡Silencio! gritó mi amo, dominando con su voz los femeninos clamores... Caballero Shum, como amo á vuestra hija, ella me ama y como mi posicion me permite unirme á ella desde luego, os pido su mano.

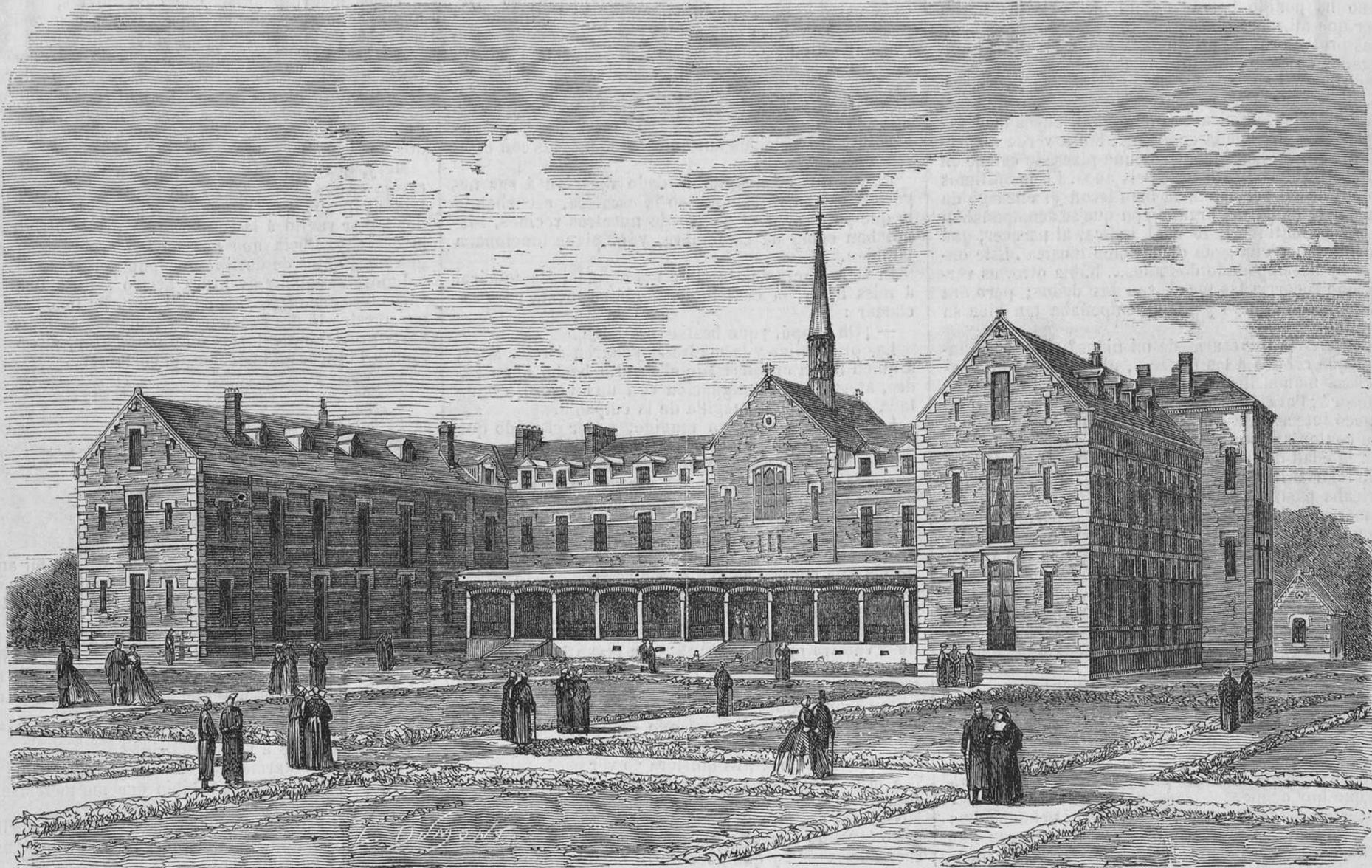
— Caballero, replicó Shum estirándose, hablaremos del asunto... Retiraos, hijas mias, y cuidad á vuestra madre.

Por primera vez en su vida le obedecieron aquellas criaturas. Verdad es que mi amo vino en ayuda de la autoridad paterna, tan á menudo desconocida, empujándolas por las espaldas para hacerlas salir.

La tímida Mary habia desaparecido desde el principio del motin.

Shum no vaciló en dar su consentimiento. Se alegraba encontrar un marido para aquella hija, á quien amaba tiernamente, por mas que jamás hubiese tenido valor para defenderla. Pero, cosa extraña, mi amo rehusó todo género de explicaciones en cuanto á sus medios de vivir.

— Ganó cerca de trescientas libras esterlinas por año, fué su única respuesta. Mary dispondrá de la mitad de esta suma. En cuanto á lo restante, me creo dispensado de satisfacer vuestra curiosidad.



FRANCIA PINTORESCA. — El hospicio de Gisors.

Dos semanas despues, Federico Altamout se casaba con miss Mary Shum.

Entonces fuimos á habitar una casa que mi señorito habia comprado en el barrio d'Islington. El misterioso marido continuaba visitando todos los dias el barrio mercantil de Lóndres, donde permanecia hasta las seis de la tarde.

¿Qué diablos haria allí?

III.

LA LUNA DE HIEL.

Una completa felicidad debia reinar, al parecer, en nuestro jóven matrimonio; sin embargo, apenas se habian pasado dos meses, cuando sufríamos ya la odiosa influencia de la luna de hiel. De encarnada y risueña trocóse madama Altamout en pálida y taciturna. Miss Betzy, que no habia olvidado nada de cuanto sucediera anteriormente, detestaba cordialmente á los recien casados, y procuraba turbar su dicha inspirando á mi señora una multitud de malos pensamientos. La vieja Shum la ayudaba cuanto podia en su infame tarea.

Bien pronto hubo un niño, pero Mary no estaba por eso mas contenta. Al contrario, se entregaba á accesos de tristeza que nada podia disipar. Pasaba dias enteros delante de la cuna del niño, hablándole de cosas que él estaba muy lejos de comprender.

— ¡Hijo mio, pobrecito! repetia, tu padre me engaña. Tiene secretos para mí... ¿Qué será de tí, cuando tu madre haya sucumbido al peso de la desgracia?

Todo esto provenia de los trabajos de la vieja Shum y de miss Betzy. Altamout habia acabado por prohibirlas que pusiesen los piés en su casa: pero ellas venian sin que él lo supiera, mientras salia á sus negocios. Desde el parto de Mary sus visitas eran mas frecuentes.

Una mañana que madama Altamout lloraba, segun costumbre, y sus amables parientes la consolaban á su manera, esto es, haciéndola llorar mas, oi...

Però ¿por qué no he de reproducir esta escena, tal como la escribí en la época en que tenia intencion de componer un drama doméstico de la historia que os estoy contando?

PERSONAJES :

Madama Shum, *cuando un niño.*
Mary, *sentada mano sobre mano.*
Betzy, *en el fondo, comiendo cualquier cosa.*
Yo, *detrás de la puerta.*

La escena pasa en Islington, cerca de Lóndres. — El teatro representa una alcoba.

Madama Shum. — Ea, ea, niño, ea... Bueno, ya ha salido... (Suspirando con fuerza). Duerme, pobre niño, hijo de una madre desgraciada y de un padre anónimo en cuanto á la profesion...

Yo. (Aparte). — ¡Vieja loca!

Mary. — Mamá, no habléis mal de Federico, me adora.

Madama Shum. (Con ironía). — ¡Ah! ¡es muy justo!... ayer te regaló un chal precioso, pero ¿con qué dinero ha comprado ese chal? hé ahí la cuestion... ¿Quién es? ¿Qué hace?... ¡Quiera Dios que no te hayas casado con algun asesino!... Mary, yo tengo la persuasion de que tu esposo es un bandido...

(Todos lloran, menos el niño y yo).

Mary. — Federico tendrá algun almacen; tal vez tiene una ocupacion que su orgullo no le permite confesar.

Betzy. (con la boca llena). — ¡Él! ¡un almacen! no, no. Créeme, Mary: es un malvado, que roba y que mata durante el dia, y por la noche te trae el fruto de sus fechorías.

(*Aquí el niño empieza á llorar y es imposible entenderse. Mary le tapa la boca de una manera que no le disgusta.*)

Mary. — ¿Federico será un asesino?... es muy sensible para eso... Además, los asesinos ejercen su profesion por la noche, y mi marido solo sale de dia.

Betzy. — ¡Entonces es falsificador!... ¿Por qué pasa los dias alejado de tí? Para fabricar billetes falsos... ¿Por qué va solo al barrio mercantil de Lóndres? Porque en otro lado no podria cambiar sus billetes. Para mí, el negocio está tan claro como el dia.

Mary. — Si solo me trae, por lo general, de veinte á treinta *shillings*. ¡Un monedero falso haria mas cantidad que esa!

El niño. — Gli... gli... gli...

Madama Shum (sin hacer caso de esta interrupcion). — ¡Ya caigo! El infame tiene dos mujeres; una de dia y otra de noche. Esta es la verdadera causa de todo ese misterio.

(*Sensacion. — Mary se pone mala. — Al mismo tiempo se oyen tres aldabonazos en la puerta de la calle.*)

Yo conocí á Altamout en el modo de llamar; me apresuré á bajar, y abrí en seguida.

— ¿Qué pasa aquí? me preguntó al oír la barahunda que se dejaba sentir en el piso principal.

— Miss Betzy y su madre están arriba, y la señora se acaba de poner mala.

(*Se continuará.*)

Francia pintoresca.

EL HOSPICIO DE GISORS.

El hospicio de Gisors, que representa nuestro dibujo, es de construccion reciente, pues su inauguracion tuvo efecto hace doce años.

Este hospicio, construido sobre los planos del arquitecto M. Questel, es de un aspecto monumental: su fachada principal presenta un gran rectángulo, en medio del cual se eleva una bonita capilla, que forma un cuerpo saliente, y en el otro lado y á los dos extremos del edificio se ven dos alas de formas rectangulares y simétricas reunidas entre sí por una espaciosa galería cubierta, que sirve de paseo en los dias lluviosos. En sus dos pisos tiene capacidad para doscientas camas, independientemente de los servicios generales. Un hermoso patio y una huerta á las márgenes del Epte, completan admirablemente este establecimiento, que se considera como modelo de los de su clase.

La construccion es de piedra de sillería y de ladrillo, y ofrece un severo aspecto.

La capilla es muy sencilla, y tiene bonitas pinturas murales.

F. D.